

ISAAC A. ULLOA.

GAVILLAS....



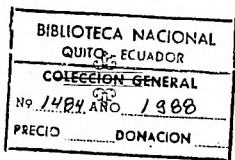
CUENCA—ECUADOR

1937

Imprenta del Clero

ISAAC A. ULLOA.

GAVILLAS....



0000246 -D

CUENCA—ECUADOR

1937

Imprenta del Clero

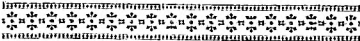
PROVICARÍA GENERAL
DE LA
DIÓCESIS

Cuenca, a 8 de Sbre. de 1936.

Hemos leído personalmente los
escritos que van a formar el libro
titulado «GAVILLAS» del Rmo. Sr.
Dn. Isaac A. Ulloa, escritos ya co-
nocidos además, en las revistas del
lugar; y en atención al bien que
pueden producir en los lectores, per-
mitimos con todo agrado la impresión.

JOAQUÍN MARTÍNEZ T.
Provicario General.





COMO PROEMIO

PARA descanso del espíritu, no por vanidad, recogemos en hacecillo de hojas parleras aunque pocas, algunos escritos que al ensayar la pluma dejó, como gravaduras de afecto en árbol amigo, algunas leyendas, manifestando al mismo tiempo que al rededor de la divina Eucaristía y a su influjo, brotan aun hoy flores de santidad, tan admirables, que son emulación de las de remotos tiempos y tan fáciles de ser renovadas a pesar de la decadencia de las costumbres, pues bien pudieran atraernos primero a la admiración y contemplación, y luego a la imitación.

Esta publicación, además, nos recuerda la piedad de nuestro pueblo, pues en la primera aparición de estos escritos aunque disgregados, los acogió con benevolencia, de modo que al reunirlos, dejamos constancia de la fe y afecto con que mira Cuenca cuanto se refiere al amor del divino Sacramento.

No sé si pudieramos aplicar en algún sentido a la fe y piedad de Cuenca en la divina Eucaristía, lo que el Autor de «Los Heterodo-

jos Españoles,» dijo de la fe de España: «España evangelizadora de la mitad del orbe, España martillo de los herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio..... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, ¡España volverá al cantonalismo de los Arevacos y de los Vectones o de los reyes de Taitas.» (Méndez. Pelay. Tom. III Hetered. esp.)

En algunas ocasiones nos impresionaron también las palabras del Salmo 125, v. 6: «Al irse iban llorando y esparcían sus semillas, mas cuando vuelvan, vendrán con gran regocijo trayendo sus gavillas.»

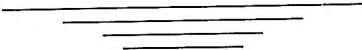
Semillas echadas en nuestro camino fueron estos escritos, y ahora, al traerlos a la memoria, vienen a obsequiarnos alegrías: por lo menos la de no haber empleado mal el tiempo, la de haber admirado las maravillas de Dios y la de en algún modo haber procurado las alegrías de la fe y el bien en las almas.

EL AUTOR.

Cuenca, Mayo de 1936.



PENSANDO EN LO QUE AMAN



MIENTRAS hilaba la lana y el lino, y la rueca y el huso no descansaban en sus manos, la Virgen, sentada junto a su Niño, mirábele contenta y se complacía amorosa con las intencionadas travesuras del pequeño Emanuel, su Jesús.

Había tomado ligeros pedazos de madera, desperdicios del taller de su padre nutricio, y, jugando, jugando formaba cruces, a las que acariciaba y besaba con amor.

Cómo plantaba luego la Cruz en el suelo, y callado la contemplaba!.... Veíala como un árbol de ramas extendidas donde vendrían a posar las aves del cielo. Como un árbol a cuya sombra reposarían las almas viajeras o desconsoladas; o donde recogerían los frutos de salvación los que tuvieran hambre y sed de justicia. ¡Verdadero árbol del Paraíso, plantado por la Bondad divina para el bien de la humanidad! Oh, qué dulce solaz hallaba el Niño en todos estos pensamientos, viendo extendido sobre el mundo el brazo de su poder, de su misericordia y de su Providencia amorosa!

Otras veces levantaba la Cruz en alto, y sostenía el Niño, viéndola como escala firme y segura entre el cielo y la tierra sostenida en su

mano. Y con qué deleite gozabase al ver a las almas, que huyendo del mundo se esforzaban en subir y subir hasta entrar en la mansión de las eternas alegrías! Y El, sentíase feliz, viéndose autor de la felicidad de los hombres.

Alas parecíanle a veces los brazos de la Cruz. Se imaginaba, preso en ellas, volar a redimir de la esclavitud del vicio y de la ignorancia a tantos desgraciados que yacen en las sombras de la muerte. Dulzuras inefables, delicadas sonrisas del corazón que piensa en lo que ama, le encantan, y llenan su faz de bellísima claridad, claridad que ilumina y atrae la deliciosa mirada de María.

Madre, miradla, ¡qué bella! dícele a la Virgen —Y en actitud expresiva, con ojos que deliciosamente sondcan el corazón de la Madre y le empujan a traspasar los límites del tiempo, presenta a la contemplación de María la Cruz, la cruz que han formado las tiernas manecitas del mas hermoso de los nacidos y que es objeto del mayor de sus anhelos.



María, mira la Cruz, y junto a ella la iluminada faz del Hijo de sus entrañas, del *Descendido* de las naciones y de los siglos. Mira la Cruz, y en sombría contemplación queda como suspendida. La rueda, el huso, caen de sus manos, y Ella, absorta, con la vista corpórea fija en la cruz, y en éxtasis sublime con los ojos del alma, lee sus propios destinos y los de su Hijo en el libro del porvenir, que sólo es libro de Dios.

Cordero divino, va a ser inmolado: la cruz va a ser su altar: ya suben las llamas de ese Corazón que es inextinguible hoguera de amor: consumirán la Víctima....!

Y allí está el monte Calvario, sombrío, austro, sembrado de osamenta; peñasco duro, en donde acompañado de dos malhechores crucificados, también está esa cruz ... ¡la Cruz de mi Hijo!... En ella está este *manojito de mirra* que destila su sangre, como gotas de acíbar en mi alma, como fragante ungüento para la desgraciada humanidad!—Allí, con las sombras: con las tinieblas de la naturaleza, las sombras de la iniquidad humana, las tinieblas del odio injusto y plebeyo, implacable, fatídico. Allí los clamores de mi Hijo, los abandonos: las blasfemias, la desolación, la muerte ... ¡Ah! quien se compadecerá de mí... *¿Quis mercedetur tui, Virgo, filia Sion?*

Y la lanzada!... Y el estremecimiento de la Cruz, y el del cuerpo y corazón de la Madre....!

Aun cuando la caridad se ostenta generosa en favor del Justo en su sepultura, cuán triste la desolación de la Madre! Las fuerzas le faltan para regresar a Jerusalén por el camino del Calvario, donde debe mirar la Cruz y los charcos de sangre con que está señalada la vía dolorosa, la vía del amor más sublime e inponderable: pues, nada sufrió el Hijo mío, sino pensando en los que amó.

Y en este camino, como en el de los siglos que le quedan al mundo, el discípulo será el testigo del amor de mi Hijo, como es ahora mi sostén y mi consuelo. No en vano me lo

ha entregado por hijo, el Hijo de mis entrañas!...

Sacerdote: hijo predilecto de mi corazón, único apoyo en el camino que me queda: ¡sean benditas tus manos, sean benditos tus pies!... Tus pies irán a buscar a la oveja descarriada; irán a todas las lejanías de la tierra a evangelizar a los pueblos para el conocimiento del bien, para que se repita con veneración y en todas las lenguas el nombre del Mártir del Amor. Oh! ¡qué el mundo le ame! qué le corresponda con amor! qué le bendiga sin cesar...!

Tus manos bendecirán; tus manos sacrificarán la Hostia: esta Hostia del Calvario, esta Hostia de reconciliación, de amor, de vida, que se comunica pródiga a todos.... ¡Oh! qué reine la Hostia! Oh! qué sea bendecida la cruz! qué las almas se abracen de ella para surcar las olas del mundo, para acercarse seguras al puerto, para ser reconocidas por su Libertador ¡bendita sea la Cruz! Quien ama la Cruz, y adora la Hostia, será amado por mi corazón, al cual lo hallará siempre abierto, siempre amable y rico para llevarlo de gracia.»

Mientras ahondaba su contemplación, y el éxtasis encendía con inefable luz el semblante siempre hermosísimo y virginal de María, de los labios del divino Niño brotaron como música celestial nuevas promesas: *El pan que yo les daré será mi carne para la vida de los hombres!.....*

Y al oír María esta tan dulce promesa, alabó a Dios cuya misericordia es infinita. Y con suave ósculo adoró la Cruz y besó las manos del Niño que *sin cesar piensa en los que ama.*

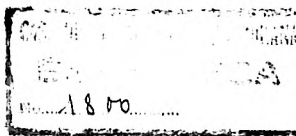
¡YO NO TE FALTARE....!

LA VIZCONDESA DE JORBALAN

HOY

SANTA MICAELA

DEL SANTISIMO SACRAMENTO





EL Evangelio nos refiere que el divino Salvador dijo un día al Príncipe de los Apóstoles, de quien, *después de su conversión*, esperaba obras de celo, pues que con esta condición, se obligaba El mismo a rogar al Padre celestial a fin de que no desfallezca o amen- güe su fe: «*Y yo rogaré al Padre a fin de que no desfallezca tu fe.*»

La fe no vive sino con las obras buenas y crece a medida del celo en ejecutarlas. —La fe, pues, en la divina Eucaristía no vive sino con la comunión y con todas las obras buenas hechas bajo la influencia de ese amor humilde y confiado, que se goza en el Dios que vive por amor en el altar.

Yo no te fallaré!..... Palabras divinas que se corresponden y convienen con estas del Evangelio: *Estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos: No os dejaré huérfanos....*

Yo no te fallaré!.... La conciencia nos dice que nunca falta Dios con su Providencia misericordiosa; y que nunca nos falta con su gracia, nos lo asegura el dogma católico.

¡Yo no te fallaré! Toda alma escucha estas dulces palabras, cuando quiere oír a Dios.... cuando, para oírle, acalla el grito de las pa-

siones, y desprecia y huye del ruido de los placeres del siglo.....

¡Yo no te fallaré!.... Embriagadoras palabras, que engendran ilimitada confianza y dulce abandono en el divino ser que nos las inspira..... ¡Qué bello es creer! ¡Qué hermoso abandonarse en los brazos del Amor divino que palpita en la Hostia!

Yo no te fallaré!.... He ahí las divinas palabras del místico pacto de Jesús con una de sus almas predilectas de este último siglo, la Viscondesa de Jorbalán, llamada Madre Sacramento, la Señorita Micaela Desmarciéres y López de Castillo, nacida en Madrid en 1809.

Educada cristiana y ^{*}piadosamente, como hasta hoy lo hacen las damas españolas de la alta clase, desde niña amó a Nuestro Señor y a los pobres, pero dejándose llevar suavemente por el amor a la Santa Eucaristía.

En la casa, dice ella, mi ocupación era componer mi cuarto, mi altar, y leer, aunque no encontraba libros que me satisficieran, porque no me gustaba nada que no fuese verdad, ni cuentos ni historietas. Mi madre no me dejó leer novelas, y si alguna por ser buena me la daban, jamás la concluía, porque decía: Si esto es mentira, no ha sucedido. Vidas de santos, historia, viajes, bordar, coser, pintar, escribir y muchos rezos, todo esto hacía sin descanso teniendo mis horas arregladas, pues, era esclava del orden. Mi madre me hacía aprender a planchar y a guisar por lo que pudiera suceder».

Formó en su palacio una escuela de doce ni-

ñas pobres, con licencia de su madre, y les enseñó la doctrina, coser, zurcir y planchar; el domingo les llevaba a oír misa, y ella misma les preparaba para confesar y comulgar; una vez formadas y útiles las ponía a servir en casas piadosas pagándolas ella misma el salario, a fin de poderlas vigilar. ¡Qué bueno fuera que en todos nuestros sacrificios y trabajos sacáramos como resultado amar a Jesús en el divino Sacramento y hacer que le amen!

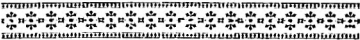
* * *

Pero vamos al momento decisivo de Micaela.

Ella, que no estaba tranquila sino cuando socorría a los desgraciados: se ejercitó en continuas obras de caridad, ya visitando a los atacados del cólera, ya cosiendo prendas de vestir en junta de su familia y criadas, para distribuir las según indicación de los párrocos, o haciendo hilas, o repartiendo ahorros, lo mismo en Madrid que en París o en Bruselas y donde ella iba, hasta que en 1847 tuvo los Ejercicios según el método de San Ignacio, en los que, como escribe ella misma: «resolví mudar completamente de vida», es decir, consagrándose más fervorosamente al Señor, puesto que ya le servía. En efecto, a poco, a fuerza de humildad, de obediencia al confesor y de amabilidades de parte de Dios, se encontró con que su comunión era ya diaria, para lo cual con gran cuidado de conciencia se purificaba con la oración y otras prácticas piadosas.

Temerosa y triste consideraba un día las dificultades y hasta imposibilidades que iban a

sobrevenirle con el viaje de su hermano y la Condesa su cuñada, pues, en razón de la enfermedad de ésta, tenía que acompañarles. Oigamos a ella misma: «Sufrí mucho, pues temí que iba a perder muchas comuniones, único consuelo de mi alma y alivio de mi corazón. Me hallaba un día en oración muy unida con mi Dios, como quién se prepara a separarse de lo que más ama y por mucho tiempo, lo cual aumentaba la pena de la separación. Mas Dios quiso entonces hacer un trato conmigo, diciéndome: "*Yo no te fallaré, que no quede, pues, por tí el encontrarme siempre.* Yo le ofrecí poner de mi parte los medios para lograrlo. Tenía ya hecho voto de virginidad; de pobreza, hasta cierto punto, dando a los pobres la mitad de mis bienes: y aunque hecho el de obediencia al P. Caraza (que fue su confesor), me faltaba por entonces completarlo, ofrecí al Señor obedecer a mi cuñada durante todo el viaje, a fin de corresponder al Señor y pagarlo de algún modo la oferta tan grande que me hacía, pues no hallaba sacrificio bastante para corresponder a tanto amor. Añadí que obedecería puntualmente, sin violencia, sin formar juicio, sin ser molesta ni a ella, ni aun a los criados, ni en las fondas" Me quedó, dice después, tal certeza de este pacto y oferta al Señor, que yo no dudé ni un momento de la solemnidad del contrato que había hecho con El, y de que le hallaría realizado en la Comunión, aunque me pareciere en lo humano imposible».—Dichosa confianza, dichoso pacto cuya memoria solo reanima la fe. Cuán bueno es el Señor con el alma que la busca!



II

RECORDAR los lances difíciles que en su viaje de ocho meses, tuvo que encontrarse nuestra fervorosa Vizcondesa de Jorbakán y las imposibilidades que superó con su fe y el favor divino, es para admirar la Bondad de Dios. Poquísimos rasgos de esta vida tan bella referiremos en confirmación.

En París, en Febrero de 1848, ardía la revolución. Fueron arrojados los Reyes de su trono; y luchas y saqueos, incendios y asesinatos había en las calles; las plazas se hallaban con barricadas y zanjas, los hombres huyendo como locos, los templos casi en su totalidad cerrados: he ahí lo que en esos días fue París. —«Apuro era para mí y grande ver cerradas las puertas de las iglesias durante algunos días, y el temor de tener que quedarme en alguno sin misa y sin comunión. Pedíle al Señor me favoreciese y me lo aseguró, como El sabe.» En efecto, durante veinte días que duró la conmoción no faltó a Misa y a comulgar. «Iba yo a mi parroquia de cinco a nueve, como tenía de costumbre, escribe ella, y aunque estaba cerrada la puerta principal, entraba por otra pequeña. Los mismos de las barricadas me daban

la mano para que pudiera yo trepar por encima de los escombros y poniendo tablas para que atravesase las fosas que habían hecho delante de la iglesia y en las dos calles que tenía que pasar, y alguna vez me dijeron que saliera pronto porque iba a comenzar tiroteo, y que me acompañaran ellos». Bien se cumplía de parte de Nuestro Señor que dirige los corazones la promesa: *Yo nunca te fallaré!....*

De entre muchísimos casos que le ocurrieron en tantos lugares, mientras duró su largo viaje, tomaremos uno que ella misma refiere que le sucedió al llegar en Vitoria. «Llegamos de noche para salir a las cinco de la mañana, y como nos dijeron que allí no se abrían las iglesias hasta las siete en que da la señal la Catedral, comprendí que no me era posible comulgar. Comimos, y cada una fue a su habitación para acostarse. En cuanto me vi sola, me puse apoyado el codo en una mesa y con la mano tapándome los ojos, a dar al Señor mis quejas, y le decía lo que suelo, cuando no se ve en los negocios camino posible: «A ver, Señor, cómo haces una de las tuyas, hallando camino a lo imposible, y si no por Tí queda esta vez.» Al limpiarme una lágrima salió por entre las cortinas de la cama una criada de la fonda, y me dijo: «Tiene la señora alguna pena?—Yo porque no juzgue que entre cuñadas había algún disgusto, la dije: Es que deseaba comulgar mañana, no es mas. Se fue y me acosté; y sentada en la cama tenía la pena de si habría cometido alguna falta. «Ya no hay esperanza ninguna, me decía;

de fijo.... he faltado yo, mi Dios no me faltó.... ¡Nuestro trato era seguro! El me lo inspiró con tanto amor!.... Luego yo he faltado en algo! y en esto pasáronse dos horas, y dan las doce. Al acabar de resignarme y ofrecer a Dios este sacrificio, me acosté. De pronto abren las puertas del cuarto. «Quién? dije. La criada contenta me dice: Señora mañana tiene Ud. Misa en la Catedral. A las cuatro se la dirá un señor canónigo y dice avise Ud. a la señorita que comulgará en mi Misa. Yo le llamaré a Ud. señorita, y ¡qué gusto! pedirá Ud. por mí. La dije que sí, y se fué. En efecto, a las cuatro estábamos en Misa, y a las cinco estaba ya lista, sin hacerme esperar, pues, yo diría que Dios mismo me ayudaba a cumplir mi promesa, pues no me costaba violencia, según el gusto con que lo hacía.

En los baños de Spa, en Amberes, en París, y en el mismo Madrid, le ocurrieron casos semejantes. *¡Yo no te faltaré! que no quede pues por tí el encontrarme siempre.*

Cómo aprenderemos ser dóciles a las inspiraciones de la gracia! Y tan delicados en cuidar de los movimientos más pequeños de nuestro corazón, para no poner obstáculos a Jesús que lo desea! Cómo llegaremos a ser sedientos de su amor, para que constantes le busquemos! Cuán bueno es el Señor con el alma que le busca! Siempre nos repetirá también *¡Yo no te faltaré!....*

Mas tarde, mientras más se apoyaba, confiada, la Señorita Desmaisières en el Dios de la Eucaristía, no sólo para hallarle en la comunión, sino también en todas sus empresas y

desconsuelos, parecíale escuchar la dulcísima voz del Amado que le decía: *¡Yo no te faltaré!* Así prosperaban sus obras, así vencía todas las dificultades y triunfaba de poderosos y temibles enemigos.

La Señorita Micaela Desmaisieres, Vizcondeza de Jorbalán, precioso ejemplar de almas amantes de la divina Eucaristía, a la Eucaristía consagró su vida y a ella llevó a todas las almas que le rodeaban. Así fundó su Colegio de las Desamparadas, de donde volaron tantas jóvenes regeneradas por la gracia, a las felicidades del cielo; así el hermoso y simpático Instituto de Religiosas Adoratrices Esclavas del Sacramento y de la Caridad por las Desamparadas, aprobado canónicamente por la Santidad de Pío IX en 1886, un año después de la muerte de la Venerable, y que como distintivo de su hábito llevan sobre el pecho una Custodia bordada sobre fondo negro.

La Señorita Desmaisieres, por otro nombre Madre Sacramento, murió con la muerte de los justos el 24 de Agosto de 1865, contagiada del cólera en Valencia donde asistía a los epidémicos, después de recibir fervoramente el 'Santo Viático e indicar la hora de su fallecimiento. Y allí mismo comenzó y se siguió el proceso informativo de sus virtudes y milagros.

Válganos su ejemplo para amar fervorosamente a la santa Hostia de nuestros altares. Válganos también la intercesión de esta privilegiada amante de la Sagrada Eucaristía en favor de toda nuestra ciudad, que se enorgullece con el dictado de Ciudad del Santísimo Sacramento.

ESCENAS DE LUZ

DE LA

VIZCONDESA





I

“LA SUPERIORA

SUPLIRA POR TI....”

LO más difícil es la vida ordinaria y aun en los Establecimientos de educación, es amoldar a los alumnos y dependientes al cumplimiento de los estatutos o costumbres establecidos, es decir, lo más difícil es conseguir la obediencia.

Unas veces por malicia del espíritu, u obstinación de la voluntad, que se ha extraviado; otras, y casi siempre, por no conocer la importancia de esta virtud tan necesaria, es el hecho que, la desobediencia es el desorden de Comunidades y familias.

Los santos nos enseñan cómo debe curarse a las almas enfermas con este tan grave mal. Así lo enseñó Nuestro Señor: *Factus obediens usque ad mortem*. Así lo hacía San Vicente de Paúl; así lo aconsejaba Santa Margarita de Alacoque, y así lo practicó la M. Sa-

cramento, Viscondeza de Jorbalán. Y siempre, desde el Altar continúa Nuestro Señor su oficio de Maestro de las virtudes, y principalmente de la humildad y de la obediencia.

«No hacía largo espacio desde que había entrado una nueva colegiala en el Asilo, y estando en clase, tomó las tijeras de otra, y no le plugo obedecer a la maestra que le ordenaba besar el suelo, para corrección de su atrevimiento. Le avisó a la Viscondeza, temiendo todos que no le obedeciese tampoco, por no conocerla todavía. Como esto era lo que más hubiera sentido la fundadora, y verse luego obligada a despedirla, fue a pedir luz y consejo a la capilla, dirigiéndose desde allí a la clase, con su crucifijo a la mano.

«Al entrar, mirando cariñosamente a la joven, exclamó la Viscondeza, diciendo:—No, esta joven no es fácil que obedezca y bese el suelo. La obediencia y humildad son dos grandes virtudes que ella no debe aún conocer.

¿No es verdad, hija mía, que no conoce estas excelentes virtudes?

—No, señora, contestó sencillamente.

—Pues bien, ya le enseñarán los documentos de nuestra religión y de seguro que los aprenderá; mientras tanto besaré yo el suelo por Usted.....

«Y toda la clase, que eran unas treinta, se levantó movida como de un resorte y lo besó a la par. La escena edificante, el mismo estrépito, conmovió a la joven, y se precipitó al suelo, llorando y clamando:—No sé lo que he hecho; yo también quiero besarlo,—y entre-

gó las tijeras a la otra, de prisa y sonrojada. La Viscondeza la abrazó con cariño y alabó su proceder, diciendo:

—Vayamos a pedir perdón a la maestra.

A lo que repuso la colegiala:

—Usted no vaya, eso me toca a mí.

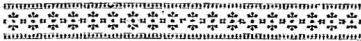
Y de rodillas, y derramando llanto copioso, suplicó indulgencia a la maestra.

Causó tan honda impresión en el colegio este arrepentimiento, y no volvió a repetirse la escena, porque era voz y enseñanza sabida: *Si tú no obedeces, la Superiora suplirá por tí* (1).

(1) La Vizcond. de Jorb. P. Cámara. Tomo 1º. (p. 221).







II

¿ME HA ENVIADO USTED

ALGUN ANGEL....?

ENO de los más hermosos y consoladores dogmas de nuestra santa Religión es no sólo creer en la existencia de los ángeles, que a millares rodean el trono de Dios y cantan su gloria y le sirven; sino también el que estos ángeles, principalmente, se ocupan de asistir a los que peregrinamos en este mundo, dirigiéndonos, defendiéndonos y orando por nosotros.

La historia de los santos está llena de hechos sorprendentes. El ángel de Santa Cecilia que cuidaba su castidad; el ángel de Santa Francisca Romana; los ángeles de San Wenceslao, duque de Bohemia, que acompañaban al Santo después de que asistió al Santo Sacrificio de la Misa, e infundieron tan santo respeto a Otón el Emperador; y cuántos otros hechos semejantes, en los que abunda la historia eclesiástica.

«Mandaré sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos», es la promesa divina. Y por lo mismo que las promesas de Dios son sin arrepentimiento, como dice la Teología, Nuestro Señor las cumple siempre con todas las almas de buena voluntad.

Un hecho moderno nos manifestará esta dulce solicitud con que los ángeles sirven a las almas que se consagran a Dios.

En la vida admirable de la Vizcondesa de Jorbalán, Venerable Madre Sacramento, cuya vida estuvo consagrada al amor del Santísimo Sacramento y a la Caridad para con las desamparadas, leemos el hecho siguiente:

«Como uno de sus apuros era carecer de servidumbre, a quién encomendar los innumerables recados que le ocurrieran, dice su historiador, la inspiró el Señor se valiera del ministerio de los Angeles».

«Necesitaba la Viscondeza llamar alguna persona, sin tener de quién valerse, y le enviaba un ángel, y venía al Colegio la persona sin avisarla, fuera conocida o extraña. A su secretario que vivía lejos, le llamaba *angelicamente* de día, de noche, tarde o temprano; y se llegaba a veces a regañadientes, pero venía, ya arrancándole de una tertulia, bien de una función de un templo. Y lo propio cuando ocurría que, por casos imprevistos, debía tratar con un mismo sujeto aun tres veces al día. Picóle la santa curiosidad de cómo prestaban este servicio los ángeles. Y le contestaban los amigos: que experimentaban una manera de estímulo e inquietud, y les incitaba la memoria del Colegio y no se tranquilizaban

hasta pisar sus umbrales. Y era cosa corriente; el primer saludo de muchos comenzaba por preguntar:

—¿Me ha enviado U. algún ángel?

—Sí, señor.

En cierta ocasión hallábase bien entretenido y de visita el Secretario de la Vizcondesa, y sintiendo ya él los avisos del ángel, se despidió de los amigos por si ocurriera alguna necesidad en la Casa de las Desamparadas.

—¿Pero a qué esa duda y esa angustia?

—Sí, porque la Vizcondesa me ha debido de llamar por algún ángel.

—Pues la mandaremos nosotros también....

Y en efecto, los ángeles le sirvieron con interés y fidelidad: y se lo participaron, con nuda escaso pasmo, a la señora Vizcondesa.

A cuantas personas trataba las recomendaba la devoción y empleo de estos guardas y abogados de nuestras almas».

Sólo en dos ocasiones le faltaron: por no ser cosa necesaria, y por que quiso Dios salvar su vida y la de la Secretaria. (1)

No sería oportuno avivar nuestra fe en estos santos protectores de nuestra vida? Acordémonos que miles de millares rodean su trono del Altar, que durante el Santo Sacrificio de la Misa ellos adoran al Hijo del Altísimo que se sacrifica; que con gran veneración auxilian al Sacerdote que celebra y recojen como flores en el prado y como espigas de la cosecha to-

(1) P. Cámara. Vizcond. Jorb. pág. 295—I.

dos los pensamientos, afectos, adoraciones, vencimientos y virtudes de los fieles, que con veneración, por amor a Jesús Sacramentado, practican las almas todas.

Cuán bueno es Dios y cuán admirable en sus obras!



III

PIO XI

Y LA VIZCONDESA DE JORBALAN

EN la solemne canonización de la Vizcondesa, *Madre Micaela del Santísimo Sacramento*, ocurrida el 4 de Marzo de 1934, previo el trámite estricto que acostumbra la Iglesia, el Smo. Padre Pío XI, el mismo pronunció una corta pero hermosa homilía consagrandola ante la posteridad nombre tan simpático y tan venerado. He aquí algunos rasgos:

«Cuando el celeste Esposo visita nuestro corazón con su gracia

Tum luget veritas

Mundi rilesceit vanitas

Et intus ferret charitas (1).

Nunca dejó ella de atender a los necesi-

(1) Luce entonces la verdad—Del mundo se hace vil la vanidad,—Y en el espíritu la caridad se esfuerza.

tados en cualquier género de calamidades aunque repugnantes y sórdidas. Visitaba las casas de los pobres, no sólo para llevar el alimento corporal sino la luz a sus ánimos; quitaba de sus labios la comida para socorrer a los hambrientos, y tuvo como delicia cuidar de los heridos por enfermedad contagiosa y repugnante, y de los infectados de lepra....

«No se contentó con socorrer las infelicias humanas, sino que enderezó su cuidado y solicitud a las jóvenes que miserablemente oñaron la flor de su juventud o permanecían en estado de ser víctimas de las asechanzas de hombres depravados.

«La obra laudable de cuidar a estas desamparadas dejó a su Congregación por ella fundada, encargándolas que para obra tan difícil bebiesen sus hijas la fuerza en la adoración perpetua y en las súplicas al Augusto Sacramento.»

Después de recordar los sufrimientos que estas mismas obras de caridad le proporcionaron y la fortaleza con que resistió, meditando en las máximas del Apóstol: «Ni la muerte, ni la vida... ni criatura alguna podrá separarme de la caridad de Cristo (Rom. VIII, 39), refiere su muerte en Valencia, contagiada del cólera, en el servicio de los apestados.

«Oh! piadosísima muerte, concluye, venerables Hermanos y carísimos hijos, con la cual María Micaela del Augusto Sacramento coronada con los cándidos lirios de la virginidad y las purpúreas rosas de la caridad, desde este destierro tan lleno de dolores, tan agitado por los peligros, llegó a la celestial bienaventuranza :

VOCES DE UN ANGEL

MARIA EUSTELA





I

PERTENECE a la esfera de los afectos el anhelo por conocer la importancia de los dones divinos. Por esta razón al pueblo cristiano le es obligatorio instruirse y reflexionar sobre las verdades del Evangelio y prácticas sagradas, para aprovecharse de los dulces sentimientos que inspiran. Y si desea, como es justo, ascender a la participación de los secretos gocees de la vida interior, y de las suavidades en que rebosa el Corazón divino, debe buscar con hambre y sed instruirse en los efectos que produce en las almas la participación de los divinos misterios. Aunque es cierto, que en el orden sobrenatural, no podemos conocer los efectos admirables de la gracia sino gustándolos: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (Ps. 33, 9). Para apreciarlos pues, para amarlos, debemos saborearlos en la meditación y en la recepción.

La Santísima Eucaristía, que es como el foco en que se concentran todos los rayos de luz y de calor de la grandeza divina y de toda nuestra santa religión, irradia también sin cesar suavidades para las almas que le buscan,

energías divinas e intensas, productoras de los inefables misterios de amor que se verifican en ellas. Qué de admirar entonces, que en los escritos de almas escogidas se encuentren palabras como las siguientes: «Debo a la Eucaristía la prontitud con que me liberté de los lazos del pecado».—«Este Sacramento divino cuyo recuerdo llena mi alma de amor y de esperanza, es el que me ha hecho comprender con tanta rapidez la diferencia que debía yo establecer entre Dios y la tierra».

Lo gustaron y lo vieron! saborearon y admiraron! Y la luz divina de tal manera brilló en esas almas de buena voluntad, que cada palabra que brotó de sus labios, es nueva corriente de luz para los corazones iluminados por la fe.

* * *

«¡Debo a la Eucaristía la prontitud con que me liberté de los lazos del pecado!" La santa doncella de Saint-Palais, María Eustella, casi niña aún, pero sinceramente reflexiva a los quince años de edad, por una dulce experiencia de las gracias que recibía de la santa Comunión, se expresaba ya como no lo hubiera hecho mejor un teólogo. Y predicó de este modo, a tantas almas que se estremecen y tiemblan cobardes ante los innumerables peligros y amenazas del mundo, ante las acometidas del enemigo infernal, ante los estragos que sienten, o de que fueron talvez víctimas en su propio corazón. ¡Ah! si fijos los ojos en la santa Eu-

caristía pensasen que Jesús es nuestra defensa, que Jesús es nuestro valor, que Jesús es nuestra luz, sostén y medicina....!

Cuando un rico con lealtad y sin interés ha puesto a disposición de alguien sus tesoros, ¿por qué no se ha de sentir este tal, rico y feliz? Si la casa donde se mora está asentada sobre roca inaccesible a los embates del mar ¿por qué se ha de temer que las olas la derrumben? Si el remedio para los males del alma es dado por el que es la Vida, y es de tan fecunda virtud, que cura toda dolencia, por qué no se ha de confiar en que quedará sano el enfermo, sea cualquiera su mal? Si allí se recibe la vida ¿por qué se ha de temer la muerte? Si El nos ama, precisamente porque tiene compasión de nuestra miseria, ¿por qué no nos pondremos en sus manos, y confiados le abriremos el corazón para recibir sus dones, y ser transportados por su amor omnipotente?

¿Cadenas?... A cada instante es el demonio y son nuestras pasiones quiénes nos las tejen y quiénes nos las remachan, si nos entregamos a ellos, si por cobardía o halago, hemos doblegado la cerviz, o nos hemos hecho sus esclavos.... Qué cadenas podrán subsistir ante el fuego que derrite no metales terrenos, sino corazones insensibles? y si con ése divino fuego, en que El mismo arde, ha prometido que nos transformará? Si es el Redentor por excelencia, y a libertarnos está preparado? Si tiene tal poder, que no sólo dejó libre a Pedro de las cárceles y cadenas, sino que le ató con esos otros dulces vínculos del amor que le llevaron a mo-

rir con Cristo, y obligó también a Pablo a exclamar: *Christo conficiscus sum in cruce...* (Galat. II, 19) *et quotidie morior!* (I. Cor. XVI, 32)

Poder divino el del amor a la divina Eucaristía! Conózcámoslo! También brote de nuestros labios y corazón es reconocidos es esa santa exclamación de la dichosa Niña, con razón llamada *Angel de la Eucaristía*: «Debo a la santa Eucaristía la prontitud con que me libérté de los lazos del pecado.»





II

DESEARAN nuestros lectores saber a qué se referían las primeras palabras de la santa virgen de Saint-Palais: «Debo a la Eucaristía la prontitud con que me libérté de los lazos del pecado.» A muy poca cosa para nuestra admiración; ciertamente muy poca para la ligereza de nuestro natural.

María Eustela fue de fisonomía esbelta, de memoria feliz y de carácter vivo y afectuoso; se atrajo en su niñez la atención de sus condiscípulas y la estimación de su maestra. Se repetía de memoria varias fabulas de La Fontaine, le gustaba leer trozos del Santo Evangelio, pero también los libros y papeles que encontraba, con toda la indiscreción propia de una niña.

Y esta viveza de carácter y facilidad de memoria le hacían a veces altiva, dueña de su voluntad y caprichosa, mereciendo por todo esto reproches de su mamá y maestra. Más tarde la comunicación con amigas le inclinó a las ligerezas de tal sociedad, y a los pequeños peligros consiguientes. Más, a pesar de todo, era

dócil. Su madre, prudente en extremo, quitóle un día de la mano un librejo que le hubiera manchado precisamente, con la sencilla reflexión de que le había de comunicar previamente lo que debía leer y que no convenía que una niña se manchase con las cosas del mundo.

La Primera Comunión, para la cual se preparó fervorosamente con una confesión general, comenzó a despertar en ella sentimientos elevados de amor a Jesús; y la relativa frecuencia con que desde entonces se acreció a la Santa Comunión, por lo menos cada quince días, iba encendiendo su corazón e inclinándole a la total entrega de su vida en las aras del Dios escondido en el Tabernáculo. He ahí toda su conversión.

No hay duda que quien conoce la astucia con que el demonio y las pasiones ponen a la vista del niño o de la joven incauta los senderos tortuosos por donde empuja a los suyos, ocultándoles las escabrosidades, los peligros o los abismos; y por otra parte sabe cuanto influye en los desastres el amor propio, que tan pronto se desarrolla en la niñez y juventud, y la impetuosidad de carácter, frutos del *mimo* exagerado de ciertos padres de familia para con sus hijos, a quienes por no darles pena los dejan con todos sus caprichos y libertades, sin una palabra de aviso o reconvención; no hay duda, decimos que admirará realmente cómo la joven Eustela, se entregó a la vida sencilla y pura, y mas que todo tan fervorosa para con Jesús en el Santísimo Sacramento, que mereció ser llamada *Angel de la Eucaristía*.

En verdad pues, pudo decir que debe a la Eucaristía la prontitud con que se libró de los lazos del pecado, porque: lazos son las pasiones cuando no se las dirige hacia la virtud.

El conocimiento y amor a Jesús Sacramentado, la cuidadosa pureza para acercarse a la santa Comunión, la frecuencia con que la recibía, iban iluminando y encendiendo los afectos de ella, de modo que se gozaba en vivir con Cristo: *Mihi vivere Christus est*: Mi vida es Cristo....



III

NO es menos admirable la segunda sapien-
tísima expresión de esta amante fervorosa
de la Divina Eucaristía. «*Este Sacramento divino,
cuyo recuerdo llena mi alma de amor y de espe-
ranza, es el que me ha hecho comprender con
tanta rapidez la diferencia que debía yo estable-
cer entre Dios y la tierra*»

La diferencia esencial que existe moralmen-
te entre el hombre celestial y el terreno, se-
gún la expresión del Apóstol, es evidente. Las
aspiraciones, los fines, los manejos individuales,
las compañías, las sociedades en que se forma
y, en fin, tantas circunstancias de la vida, van
determinando las acciones humanas, y dándos-
nos a conocer lo que es el hombre: hombre ce-
lestial, u hombre terreno. Parece clarísima la
diferencia, y, sin embargo, cuánta confusión,
cuánta indeterminación entre los mismos fieles!
El impío quiere llamarse *religioso*, el falto de
fe levanta la voz ante las multitudes para en-
señarles su destino; el supersticioso se aparta de
la regla de la virtud y se esfuerza en erigirse
en *legislador* del culto. Al reyés, el hombre re-

ligioso se mezcla con el hereje por *cortesía*; imita sus prácticas, lee sus libros, por llamarse *tolerante*, y acepta de buen o mal grado todas o muchas de las corruptoras enseñanzas de las sectas, reduciendo su cristianismo a híbrido engendro de doctrinas y a un culto insípido y contradictorio. ¡Cuánta confusión, cuántas tinieblas, cuánta inquietud al fin!

La diferencia entre lo temporal y eterno ha sido objeto de un libro escrito por una de las mejores plumas del siglo de oro de la literatura española y de la mística cristiana, el P. Nieremberg, de la Compañía de Jesús; y es también uno de los reclamos de más trascendencia hecho por el Apóstol de las gentes, donde quiera que las leyes del cristianismo y su espíritu dominaran en los pueblos: *Nolite conformari huic saeculo*: no quieras vivir conforme a las exigencias del presente siglo.»

El estudio de la religión exige el conocimiento y la práctica de lo que forma el espíritu del cristianismo: es decir, el conocimiento y amor de Jesucristo. Ved por qué, quién ama la Santa Comunión, quién busca a Jesús en la santa Eucaristía, aprende a conocer la *diferencia que hay entre Dios y la tierra*.

El divino Sacramento de la Eucaristía no puede menos que llenar de amor y de esperanza el espíritu de quién le contempla. Qué momentos tan solemnes en los que fué instituido! *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos*: Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin... *¡Qui pridie quam pateretur....* como la Iglesia

lo recuerda en la Misa: La víspera de sus padecimientos y muerte por aquellos a quienes venía a redimir.... «tomó el pan en sus manos, lo bendijo y se lo dió a sus discípulos, diciéndoles: Tomad y comed esto es mi Cuerpo, que va a ser entregado por vosotros: haced esto en recuerdo mío!....» Quién no echara a los pies del divino Salvador toda su alma en dulce efusión de caridad? quién no le agradecerá de tanta dignación? quién no le amará? Ah! no amamos al divino Sacramento porque no meditamos en él: *Nullus est qui recogitet corde!*

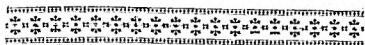
Y qué paraíso de dulces esperanzas se nos franquea con el uso de la divina Eucaristía! Allí terminan las tinieblas del alma: allí se estrellan los temores del corazón: allí se robustece contra las diarias fragilidades la vida: allí se contempla muy de cerca el cielo: allá no llegan los bramidos de la bestia infernal. ¡Abrazo a Dios en mi corazón!.... Si soy ciego, me dice: Mira, tu fe te ha salvado! Si tullido: Toma tu lecho, levántate y anda! Si leproso: Quiero, queda limpio! Si desfallezco: ¿No has podido velar una hora conmigo? Velad y Orad!... Oh divina Eucaristía, concedednos que siempre seáis nuestro amor y nuestra dulce esperanza!

Allí se comprende más claro y más prontamente la diferencia entre Dios y la tierra. Por esto el Angel, a quienes se acercan al Santo Tabernáculo les dice: *Probet autem se ipsum homo, et sic de pane illo edat et de calice bibat:* Pruébese el hombre a sí mismo..... Y para calificar esta prueba está el sacerdote en el sacramento de la Penitencia, como el Angel del

Apocalipsis, diciendo: *Foris canes.... Afuera los perros (los herejes) (1) y los hechiceros, los impuros, y los homicidas y los que sirven a los idolos, y todo el que ama y hace la mentira. Yo, Jesús, envíe mi Ángel para testificaros estas cosas en las iglesias.*» (Apoc. XXII, 15)

(1) San Agustín, contr. Donatistas, tom. IV.





III

MARIA EUSTELA, apenas conoció la Eucaristía y sintió su amor y lo saboreó, anhelaba por apartarse no sólo de todo lo que podía separarle de ella, sino aun disminuirle el fervor.

Suyás son estas palabras: «Ay, madre mía, si entro a servir en esa casa, no podré oír misa todos los días».

Cuando por su empleo de costurera servía en un Colegio de jóvenes, renunció al empleo, porque no quería tener riesgo de tratar con hombres. Y hasta los veintitrés años sólo trabajaba en las casas desde las ocho de la mañana hasta la tarde.—Cuánto cuidaba de no disminuir el tiempo de su recogimiento y prácticas piadosas!

Una persona le preguntó si quería acompañarle a un paseo público.—«Ya que Ud. no va a bailes, le propongo una distracción que no podía censurar ni la conciencia más timorata.—*Es verdad*, respondió Eustela, *pero soy muy débil, y no quiero exponerme a la tentación de ir más lejos.*»

«Oh Jesús, amor mío, escribió ella, sois mi todo, pero especialmente lo sois en la Eucaristía!»

«Jesús conocía mi debilidad, y por consiguiente la necesidad que tenía de nutrirme con frecuencia del pan de los fuertes; por eso El inspiró a mi confesor que me permitiera comunicarme con bastante frecuencia. Comencé, pues, a acercarme cada quince días a la Santa Mesa. ¡Qué dicha tan grande, fué esta para mí y cuan bien comprendía ya la diferencia que hay entre el servicio de Dios y el del mundo!»

«Pero a medida que el alma se saciaba con este maná celestial, más hambre tenía de él.... Nada me importaban los sacrificios, fueran grandes o chicos, porque pensaba que ellos me preparaban a la recepción del sagrado Cuerpo de Jesús. El amor a Jesús, el deseo de recibir con la mayor frecuencia posible a este amabilísimo Dueño, fueron el motivo de todos los actos de renunciación que he hecho desde mi conversión»....

«Mientras más trabajaba yo en desprenderme de cuanto pudiera desagradarle, más me favorecía El con la abundancia de sus consolaciones.»

* * *

Dichosas las almas que se aplican a la adoración y amor de la divina Eucaristía: dichosas, si en la Comunión han puesto la esperanza de su vida!

Cuál fué el efecto del amor a la Santa Eucaristía en aquella alma pura, que se en-

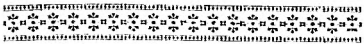


peñaba en purificarse más, en desprenderse con más perfección de lo terreno, para acercarse más al Dios de su corazón, se lo dicen con razón la alta santidad a que llegó y el fervor que supo infundir en cuantos la trataron.

En un arranque de confiado amor, dijo: «¡Me bastan una Hostia en el copón y un sacerdote que me la administre!» Y como insinuándonos a que comprendamos el infinito valor de la Comunión, dijo sentenciosamente: «Una Comunión menos es un grado menos de gloria en el Cielo.»

En este escrito hemos querido manifestar, trayendo a la consideración el fervor de una de las almas más amantes de la Santa Eucaristía, cómo el sabor y la luz divina que de ésta se difunden, levantan a las almas al conocimiento de Dios, y cómo las almas que quieren acercarse con frecuencia a la Santa Comunión, deben esforzarse en desprenderse de todo lo mundano para sacar el debido provecho de este Sacramento santificador de los hombres y digno de todo nuestro amor.





IV

LA SIERVA DE DIOS

MARIA EUSTELA

Creemos agradecer a nuestros lectores y contribuiremos de nuestra parte notablemente a la propagación del Culto del Santísimo Sacramento, la publicación de la corta biografía con que en Roma se ha introducido la causa de la Beatificación de esta admirable amante y sierva de la Santa Eucaristía.

DE LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE LA

SIERVA DE DIOS

MARIA EUSTELA HARPAIN,

VIRGEN SEGLAR

EN el suburbio de S. Pallais, de la ciudad de *Saintes*, Diócesis de la Rochela nació en el mes de Abril de 1814, de Renato Harpain y María Picotín, y fue regenerada por el bautismo, la Sierva de Dios María Eustela, quien

en unión con un hermano y hermana, fueron bien instruidos por su madre piadosísima en los misterios de la fe y en las buenas costumbres de la religión católica. Desde los cinco años hasta los diez aprendió los conocimientos necesarios, sobresaliendo entre las condiscípulas en ingenio, aprovechamiento, y aplicación, como lo atestiguó la maestra. Le causaba delicia leer continuamente el *Nuevo Testamento y la Imitación de Cristo* para hacerse verdadera y fiel discípula suya, siguiendo su doctrina y ejemplos. Mas, para suministrarse socorros con su industria, lo mismo que a su familia caída en pobreza, procuró con cuidado al arte de la costura añadir el del bordado, por el cual exitó la admiración de todos, y percibió la honesta y apetecida ganancia. Aun cuando por sus especiales cualidades y vivacidades, celebradas por las compatriotas, María Eustela, se hubiese permitido algo de pasatiempos y vanidad, sin embargo, se conservó íntegra en su ánimo y corazón. Aconteció que cuando en una ocasión, asistía al Santo Sacrificio de la Misa, movida por la piedad y modestia de cierta niña que oraba, ayudándole la divina gracia, despreciando y apartándose de los halagos del mundo, resolvió con ánimo pronto y alegre llevar vida sobria y piadosa. El cual propósito lo cumplió más perfectamente, cuando a la edad de doce años se dispuso para la Primera Comunión, que recibió devotísimamente, con tanto fervor y fruto, que al acordarse de ella con frecuencia llamó al día de su Primera Comunión día de su Conversión; y desde entonces se acercó frecuentemente a la Sagrada Eucaristía.

La Sierva de Dios, siendo adolescente y

habiéndose consagrado, con todas sus fuerzas al servicio de Dios, para no distraerse de las cosas espirituales y celestes por los obstáculos domésticos, prefirió dejar la casa de sus padres, y se apartó a otra menos cómoda, pero más libre, en donde desatada de los terrenos lazos, podía dedicarse mejor a las obras de piedad y a las de su oficio. En efecto, entregada a la oración, constante en los sacramentos, solía asistir diariamente a la misa y desempeñó diligentísimamente el oficio encomendado a ella de cuidar de la limpieza tanto de la Iglesia y sacristía como de los lienzos y ajuar sagrado.

Fué admirabilísima su devoción hacia el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, cuyo altar tenía empeño en adornar mejor que los demás. Ante aquel Amado Esposo de su alma derramaba con los actos de fe y de confianza, todos los afectos de su amor ferviente noche y día. Cuidaba con industrioso artificio dilatar este espíritu de piedad y de imitación hacia el divino Redentor y su Misterio Eucarístico, así como hacia la Virgen María Madre de Dios, y a los santos habitantes del cielo, en las jóvenes y familias, por medio de saludables consejos, oportunas instrucciones y cánticos espirituales, que resonaban mucho más con su dirección y armoniosa voz.

La suavidad de costumbres, la piedad angelical y su santa conversación irradiaban ciertos rayos de clarísima luz, que disipaban las tinieblas espirituales, las nubes y angustias de conciencia, e inspiraban quietud y paz en todos los que solicitaron de ella el auxilio oportuno o el solaz, elevando constantemente sus

sentimientos a las cosas celestiales, con gran confianza en el elementísimo Dios.

Adornada con estas dotes, María Eustela, por consejo de su párroco y confesor, ingresó en el instituto de las Damas blancas de la Rochela, pero, después de poco, fué obligada a salir de allí por su mala salud y por el género de magisterio y de vida agitada, y decía ella, que prefería la vida contemplativa, solitaria y austera.

«Sin embargo, la Sierva de Dios, aun viviendo en el siglo, tendiendo y siguiendo únicamente la voluntad Divina, por el amor de Dios y del prójimo, y por el ejercicio de las virtudes alcanzó peculiar opinión de joven piadosa y santa. Finalmente, debilitada en la salud por natural dolencia y mas consumida por el singular amor hacia Jesús en el Sacramento, por el cual fué agradable a Dios su alma, madura ya para el cielo, robustecida con los sacramentos de la Iglesia, en el pueblo de *Saintes*, de la diócesis, de la Rochela descansó en la paz del Señor, el 29 de Junio de 1842, en el vigésimo octavo año de su edad. Entre tanto, la fama de santidad de su vida, no sólo no disminuyó después de la muerte de la Sierva de Dios, sino que, aumentándose y difundiéndose con el transcurso de los años, excitó a la Curia de la Rochela y de *Saintes* a formar el proceso informativo sobre la misma fama.

Terminado el cual y enviado a Roma a la Congregación de los Sagrados Ritos, y habiéndose observado el orden legal, revisados también los escritos de la mencionada Sierva de Dios, como nada obstase para que se

proceda ulteriormente, instándolo el Rmo. P. Luis Couperé, Procurador general de la Sociedad de María, y legítimamente constituido en postulador de esta Causa; atendiendo además a las cartas postulatorias del Eminentísimo Cardenal Paulino Andrieu, Arzobispo Burdigalense, de otros Arzobispos y obispos, en unión con el Rmo. Obispo de la Rochela y Santes, también de los Superiores Generales de la Sociedad de María y de la Congregación del Santísimo Sacramento, y de la Superiora General de la Sociedad de las Siervas de Jesús en el Santísimo Sacramento; el infrascrito Cardenal Antonio Vico, Obispos Portuense y de la Sta. Rufina, Ponente o Relator de la misma Causa, en las ordinarias sesiones de la Congregación de los Sagrados Ritos, reunidos en el día señalado en las aulas del Vaticano, propuso para que sea discutida la siguiente duda: *Si debe ser señalada la Comisión de la introducción de la Causa en el caso y para el efecto de que se trata?... Y los Eminentísimos y Reverendísimos Padres encargados del cuidado de los Sagrados Ritos, después de la relación del Cardenal Ponente, oído de viva voz y por escrito el R. P. D. Angel Mariani, Promotor General de la Fe, y cuidadosamente pesadas las razones, juzgaron, que debía suscribirse: Afírmativamente es decir que debía señalarse la Comisión de la introducción de la Causa, si agradare al Santísimo*, en el día 11 de Enero de 1921.

Todo lo cual relatado al Santísimo Señor nuestro Benedicto Papa XV, por el infrascrito Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y ratificando Su Santidad el rescripto de la misma Sagrada Congregación, se dignó

por *su propia mano* suscribir la Comisión de la Introducción de la Causa de la Sierva de Dios María Eustela Harpán, Virgen, el día 12 del mismo mes y año.

† A. Card. Vico, Obispo Portuen. y de S. Rufina
S. R. C. Prefecto.

L. † S.

ALEJANDRO VERDE, *Secretario.*

(De Acta Apost. Sedis, 1921, N.º 3.)



MOSCAS CELEBRES

PARA EL DIA DE SANTA ROSA



MUCHO se habla, especialmente en estos últimos años, de las moscas, a pesar de ser tan insignificantes en la escala de los vivientes.

Y las ciencias y los científicos se ocupan en ellas con tesón, y emplean recursos ingentes para conseguirse colecciones de ellas, e instrumentos valiosos para examinarlas ¡Y las pobre-citas tienen también su puesto en esos anfitea-tros donde se las examina tan atentamente «mi-croscopio al ojo y escalpelo a la mano»! Y na-da fuera ello, si no se terminaran estos exáme-nes calumniándolas.

Se las achaca que importan fiebres (1), que comunican el *carbunelo*, que dan la enfermedad *del sueño* (2), y mil cosas más. Y para probar estas teorías ¡cuántos martirios se las inflige! y cuántos cuidados comienza a proclamar la Hi-giene y cuánta prevención despliegan los Farma-ceutas, y hasta las Leyes cuántas precauciones sancionan y cuántos recursos señalan en el pre-supuesto, para perseguirlas!

Si pudieran hablar defendiéndose, dirían:

(1) Las *Anófelas* comunican fiebres palúdicas, dice Bruño.

(2) La mosca llamada *Tse-tse* del Africa.

Erráis! Nosotras no fuimos criadas para el mal! Al contrario, somos lujo de la creación por nuestra belleza singular, y desempeñamos misión providencial entro los seres que viven en la tierra. Servimos de alimento a las aves; lucimos nuestra hermosura en medio mismo de las flores; perseguimos a algunos insectos nocivos, desterramos la monotonía de una horripilante soledad sin movimiento; volamos; cantamos! Y lo que es más ¿queréis saberlo? somos ministros de justicia en no pocas ocasiones.... ¿Nos recelais? ¡no hay motivo! Servid al Señor y nuestra misión es de paz: no fuimos criadas sino para coope-
rar a la felicidad del hombre. ¿Nos teméis? más bien temed a Dios! Si nos quereis destruir, os desafiamos que lo hagáis si podéis....! Preguntádselo a Faraón, el opresor del pueblo Israelítico (3), preguntádselo a los habitantes de la Numidia, y al gran Profeta del Señor (4), quién al amenazar a los pueblos prevaricadores decía: *Silvará el Señor a la mosca que está a las extremidades de los ríos del Egipto y silvará a la abeja que está en la tierra de Assur.*

(3) Léase el cap. VIII del Exodo, vers. 20 y sig.

(4) Isaías VII, 18,



II

EA mosea no fué criada para el mal: su misión es de paz.

Y hoy, en el día de Santa Rosa, hablaremos de ellas: tienen un capítulo en la vida de la primera Santa de América.

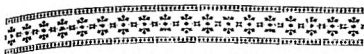
Rosa de Lima, nacida el 30 de Abril de 1586, y bautizada en la parroquia de San Sebastián con el nombre de Isabel el 25 de Mayo, fiesta de Pentecostés, que se llamaba antiguamente *fiesta de las rosas*; fué hija de Gaspar Flores y María de Oliva. Por un modo maravilloso se le cambió a los tres meses el nombre de Isabel por el de Rosa, ya por el aspecto singular con que apareció su infantil rostro a la vista de su madre, hermanitas y criada; ya, principalmente, porque Santo Toribio de Mogrovejo, su Obispo, espontáneamente y sin aviso alguno de lo ocurrido, le impuso, en la Confirmación, el nombre de *Rosa*, al cual la santa, ya adolescente, por especial manifestación de la voluntad divina, le agregó, *de Santa María*.

Es innecesario decir que esta *Rosa* lo fue en verdad en el jardín de la Iglesia, y que

es *Rosa* allá en el pedestal de la gloria de Cristo; que olor de rosas despedían sus mortales restos al descubriéndose, y que los Angeles mismo se complacieron en celebrar la canonización de esta heroína de América, derramando rosas fragantísimas ante el Pontífice. Que su paciencia, mortificación y caridad fueron hasta lo increíble; que fue *rosa* por el Amor a Dios, buscándole como la Esposa de los Cánticos, en el secreto de la Oración, en la soledad de su singular *ermita*, y con el celo por las almas de sus prójimos, y más aún a los pies de María y en el Sacramento del Altar. Que Rosa fué por el Amor, sobre todo cuando, en las infinitas amabilidades de Dios, mereció escuchar de los labios divinos esas embriagadoras palabras *Rosa de mi corazón, sé tu mi esposa!* (5).

Pero como el Amor es difusivo y se complace en alabar al objeto de sus ansias y en llevar hacia él todo lo que le rodea, a mas de esos místicos resplandores de santidad singular de Rosa, podemos admirarle como *flor* en medio de la naturaleza, elevando sus fragancias al cielo, e invitando a las criaturas al reconocimiento y al amor de Dios. Las flores y los mosquitos se hallan siempre en los jardines

(5) Vida Portentosa de la esclarecida virgen Santa Rosa de Santa María. Arreglada según manuscritos de Fray José Antonio Catá. 1886.



III

ROSA, desde niña, amante de la soledad y adolescente ahora, después de haber obtenido de su madre, con santas industrias el permiso de fabricarse estrecha celda en medio del jardín, en el platanar, entre la espesura de matas, cañaverales y frondosos árboles, lugar húmedo e incómodo por la multitud de mosquitos que se criaban y eran atraídos por la frescura de la sombra; hizo de esta celda su vivienda y ermita para la contemplación.

«A enjambres y ejércitos numerosos se encontraban estos en la retirada celdilla, especialmente en los ardientes rayos del sol y al anochecer. Con todo eso no hubo uno que entre tan numerosas legiones jamás se desmandase a picar a nuestra Santa. Hervían las paredes pobladas por todas partes de aquellos importunos y molestos insectos; la puerta con el continuado zumbido semejaba la entrada de una colmena; bullían por la ventana los enjambres y las avenidas de los que salían volando, cautelábanse, empero, todos de hacer asiento en la Virgen solitaria, como si se hubieran concertado en pagarle así el hospedaje».

«Cuando algunas personas, iban a visitar

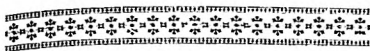
a Rosa, las moscas las acometían furiosamente, y al admirarse de que la Santa era respetada, sonriendo ella les decía: «Cuando entré en este aposentillo trabé amistad con estos animalicos, e hicimos pacto sobre que nó me turbasen ni afligiesen, que yo en nada les causaría daño. Hemos respetado al pie de la letra estos pactos, de forma que no sólo gozamos con sosiego y sin hostilidades este techo común, sino que ellos también a su modo me ayudan a cantar alabanzas divinas.»

«Y ello era así; continúa el historiador, porque al amanecer, cuando Rosa abría las puertas de la celdilla y quitaba las aldiabas de la pequeña ventana, decía a todos los que allí habían pasado la noche: *¡Ea, amigos, levantarse y dar alabanzas a Dios!*». Y ellos salían, y repartidos como en coros sus escuadrones, obedientes a la voz de Rosa, comenzaban a entonar con blando susurro los unos, a lo que respondían los otros como en coro aparte, haciendo con el bronco sonido de sus zumbidos música tan concertada y apasible, cual si tuvieran uso de razón. Ella al ver que aquellas criaturas alababan a su modo al Criador rebotaba de júbilo; luego les mandaba que fuesen por la comida; por lo que suspendían los coros y la música, y se iban. Volvían al entrar la noche, y decíales entonces: *¡Ea, amigos, bueno será alabar conmigo al Señor antes de recogeros porque os ha sustentado hoy y nos está sustentando a todos!* Formaban sus coros de la misma manera que por la mañana, y comenzaba la música sonora en lo que permitía el confuso ruido de los zumbidos, pero a tan compás y con tanto concierto que parece canta-

ban con emulación, para hacer más apacible la armonía. Mandábales que callasen: obedecían los dóciles insectos, y se recogían, observando en toda la noche el más respetuoso silencio: (6).

(6) Ib. Cap. XXIII.





IV

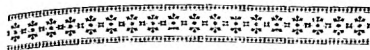
QUIEN no admirará estos prodigios? Las obras de Dios son perfectas y todas dánle gloria. Si la creación hallara a Adán inocente, le rindiera vasallaje todavía. Y si los insectos en escuadrones incontables causan la ruina de los pueblos, obran como ministros de la Justicia divina, pues, de otro modo se contentan con un átomo de miel y un rayo de luz.

A Faraón se le amenazó con las moscas si no permitía salir al pueblo de Dios al sacrificio; él no lo permitió: vinieron las moscas y gimió el Egipto, y los hechiceros dijeron a Faraón: «Dedo de Dios es este».... ¿No serán dedos de Dios las garrapatillas de Manabí y Esmeraldas? (7)

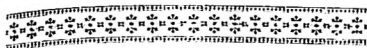
(7) En 1914, cuando escribíamos esto, las garrapatillas causaron muchas víctimas en esos lugares que habían llegado a ser focos de irreligión. Quién sabe, si cuando la masonería y el socialismo actual se empeñan en negar a Dios el culto que se le debe, predicando el indiferentismo, la corrupción y el ateísmo, no nos está preparando algún nuevo castigo de la justísima Providencia de Dios!

CENTENARIOS





EN el año de 1921 celebráronse gloriosos Centenarios ya entre respetables Comunidades o en la Universal Iglesia guiada por la voz del Papa: la Fundación de la Tercera Orden Franciscana, ocurrida en 1221: la muerte de los gloriosos Santos Jerónimo, Padre de la Iglesia (420), Domingo de Guzmán, Fundador de la Orden de PP. Predicadores (1.221), Juan Berchmans, joven jesuita belga (1.621), la del *altísimo* poeta Dante, y también en la Comunidad de Jesuitas, la de *La Herida* de San Ignacio de Loyola. Como en los hechos que han originado la celebración de estos Centenarios se hallan rasgos preciosos que se relacionan con el Augusto Misterio del Altar, a la brevedad posible espigaremos en ellos lo que convenga a nuestro fin. .



I

LA HERIDA DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

EOS Padres de la Compañía de Jesús rememoraron en Mayo de 1921 la *feliz* herida que recibió Ignacio de Loyola al defender el Castillo de Pamplona en 20 de Mayo de 1521.—Dice el «Mensajero», que desde los primeros días de la Compañía se acostumbra celebrar en sus Centros de educación con azueto, el jueves que sigue a la festividad de Pentecostés con el nombre de "*El día de la pierna herida de San Ignacio*".

Es acontecimiento muy singular y especioso al parecer, para que sea objeto de un regocijo tan suyo.—Nos acordamos que la Iglesia celebra anualmente la Conversión de San Pablo. Cayó Saulo del caballo, cegados los ojos corporales por una visión celestial; más el corazón iluminado por la luz de la gracia: a las palabras de Jesús Cristo se había trocado completamente.

En Pamplona, el valor y la honra militar de Ignacio puestos al servicio del Emperador Carlos V, diré mejor, el deber militar unido al amor de la gloria, que llenaban su corazón, fueron transformados por las secretas miras de la divina Providencia en fortaleza divina para el bien, en deseo único de la gloria de Dios, mediante un hecho al parecer peregrino: una bala de artillería arrojada por los franceses hirió su pierna. Por este acontecimiento rindióse la ciudad: los franceses entraron en Pamplona, pero trataronlo, así vencido, como a un *héroe* a Ignacio; y hecha la curación que se pudo en el caso, lo hicieron trasladar a su Castillo de Loyola. La gracia de Dios se valió entonces de su misma afición a los libros, y la lectura de la Vida de Cristo y de los Santos, hecha en la época más a propósito para la reflexión, transformó por completo al héroe terreno, en ferviente apóstol de Jesús.

Su vida es como una leyenda místico-poética. Muy luego se le halla transformado en penitente. Andaba en los pueblos a pies desnudos y pidiendo limosna para su subsistencia; luego, de peregrino en santuarios célebres; ya, a los treinta y tres años, aprendiendo Gramática como niño de Colegio, ya en las Universidades obteniendo grados académicos, con el deseo de ser útil a la Iglesia. Al fin, fundó su gloriosa falange de héroes, apóstoles, mártires y sabios, y todos Santos, con el nombre de *Compañía de Jesús*. Cuando le dijeron sus hijos, qué debían responder a los que les preguntasen *quiénes eran*, contestóles: «Que habiéndose juntado para declarar guerra a los herejes y a la disolución de

costumbres bajo las banderas de Jesu-Cristo, no convenía a su Compañía otro nombre que el de *La Compañía de Jesús*.

Ordenado de Sacerdote con sus primeros compañeros, ¡oh! cómo comienza a brillar, a cautivar, a encender en los pueblos su devoción al Santísimo Sacramento.

Su primera Misa celebrada después de haberse preparado con cuarenta días de Ejercicios espirituales, fue verdaderamente un río de luz y de celestiales dulzuras para él, de bendiciones y santo ejemplo para los fieles. «Es fácil discurrir, dice el P. Croisset, cual sería la devoción de nuestro santo durante el divino Sacrificio: arrojaba fuego su semblante sulíéndole al rostro el incendio que abrazaba su corazón; las dulces lágrimas que derramaba se las hacía derramar a todos los asistentes; todos creían ver en el altar un serafín viendo al nuevo Sacerdote» (*Croisset. Julio 31*)

El Santísimo Padre Urbano VIII, en la Bula de Canonización del Santo le ha llamado: «Héroe cristiano suscitado por Dios para contener las conquistas del Protestantismo; reformando las costumbres de los Estados y llevando la fe a los confines del mundo».

Efectivamente, cuando Paulo III en 1537 recibió en Roma a Ignacio con sus pocos primeros compañeros, viendo el gran bien que hacían y harían a la Iglesia, los dedicó: al Padre Lafines a enseñar Teología escolástica, al Padre Fabro, Escritura Sagrada y a San Ignacio a la corrección de costumbres mediante sus Ejercicios.

En esta designación del Santo Padre está indicado sobradamente el Destino especial que

les había señalado la Divina Providencia en honor de Dios y beneficio de la Iglesia.

En efecto, el fin de los Ejercicios de San Ignacio no es sino la conversión del mundo al servicio de Cristo mediante la oración, el silencio y la penitencia, y preparar a las almas con la sincera detestación de sus faltas, a la recepción digna de la Santísima Eucaristía. Y este fue el medio de que él y sus hijos se han valido para la reforma, así de las Cortes y Príncipes, como de los pueblos, tanto de los sabios como de los ignorantes. Y éste también es el primer capítulo para la persecución que en todas partes ha sufrido la Compañía de Jesús.

Con los Colegios, qué hacen los Jesuitas sino preparar adalides para el combate contra los errores y para el triunfo de la fe?

El principal de los errores de la época entonces fue el Protestantismo, el Protestantismo conocido como capital enemigo de la Santísima Eucaristía. Los trabajos especiales del Concilio de Trento fueron en su mayor parte dirigidos, al paso que a la reforma de costumbres, a sostener la divinidad de los Sacramentos y en especial de la Penitencia y la Eucaristía: esto fue lo mismo que procurar el triunfo de Cristo en la Santa Hostia del altar, renovando al mismo tiempo las costumbres con santas leyes. Mas, en los trabajos de aquel Concilio, cuánta luz proporcionaron los Santos Compañeros de Ignacio. Los Padres Laínes y Salmerón al lado de Melchior Cano, dominico, y de Juan Ortega, franciscano, los primeros como teólogos del Papa y los segundos como teólogos de su Majestad el Emperador Carlos V. La sesión XIII, toda ella se refiere a la

Santísima Eucaristía.

Defender la Eucaristía en sus diversas relaciones, como Sacrificio, como Sacramento; proclamar la Presencia real de Cristo Nuestro Señor, vivo y glorioso en la Hostia consagrada y el triunfo de Jesús Sacramentado sobre el mundo; he ahí el carácter distintivo de esa época de combate rudo contra el Protestantismo, para lo cual suscitó la Providencia a Ignacio y su falange de héroes, campeones de avanzada.

La Santa Eucaristía comenzó a ser más frecuentada al impulso de la piedad y devoción de los santos Jesuitas sobre todo, y cuan en alto brillan por su amor al Divino Misterio, Javier, Luis de Gonzaga, Francisco de Borja, Estanislao de Koska, etc., tantos piadosísimos varones, lirios y rosas del jardín de la Iglesia!

Tanta gloria!... Mas, donde está el principio de este nuevo orden de cosas o de esta nueva faz de combate, con que se acrecienta la gloria de la Iglesia?

Parecía un fenómeno como cualquier otro, casi vulgar, sin embargo, la herida causada por esa *bala de artillería*, eterno testigo del valor militar del pundonoroso Ignacio; *esa herida*, fue la consigna de Dios, que debía llevarle a un nuevo género de combates, a un nuevo campo de acción....

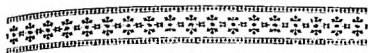
Este es el hecho cuya conmemoración alegra a la Comunidad de Jesuitas, porque es la señal de que Dios quiso derramar en el mundo nuevos abundantes dones, y motivo para que el mundo agradeciese a Dios todos sus beneficios.

Cada uno de los hechos que se relacionan



con el Santo Fundador de la Compañía nos recuerdan los triunfos de Jesucristo sobre los enemigos de su gloria. Por esto era justo que recordemos los secretos caminos de Dios en las amorosas manifestaciones de su poder y de su inefable Sabiduría. San Ignacio de Loyola debe para el devoto de la Santísima Eucaristía ser considerado como un modelo y Patrono. ¡Que él bendiga a los pueblos donde es especialmente amado el Santísimo Sacramento!





II

LA TERCERA ORDEN FRANCISCANA

SE cumplen siete siglos desde cuando, en plena lucha de la Iglesia con las pasiones humanas y las astucias del mundo enemigo de las máximas de Cristo, surgió a la voz del Serafín de Asís, una nueva falange ardorosa de fieles, que convencidos de la grandeza de su destino eterno, llenos de fortaleza contra las liviandades y afeminamiento de la sociedad, en pleno mundo, tenían a honra confesar a Cristo crucificado con actos de pública devoción y con una vida al mismo tiempo cumplidora de los deberes domésticos y sociales e imitadora de Jesús crucificado.

Y este Centenario es digno de celebrarse con notas especiales de devoción y agradecimiento a Dios. La Tercera Orden Franciscana nació por impulso divino, y su formación y crecimiento hacen percibir sensiblemente al Espíritu de Dios «renovando la faz de la tierra»: *Renovabis faciem terrae* (Ps.)

Para solaz de nuestros lectores recordare-

mos el comienzo de esta Orden y el fin a que tiende: con esto nos convencereinos de que ella no es sino el reinado de Cristo en las almas y en la sociedad.

En el Capítulo II del «Jardín Seráfico», leemos la siguiente relación: «En el responso de la quinta lección del oficio divino de nuestro Padre San Francisco se dice: *Sub typo trium Ordinum tres nutu Dei praevid ecclesias erect.* esto es, que el Santo en la reedificación de las tres iglesias por mandato de Nuestro Señor Jesucristo, simbolizó las tres Ordenes que con el tiempo había de instituir. Vivía aún nuestro Serafín Padre en la casa paterna cuando Jesucristo desde la Cruz le dijo tres veces: *Francisco, repara mi casa que se cae.* Por de pronto entendió el joven una reparación material y determinada, así es que reparó tres iglesias ruinosas; pero ilustrado más tarde por la luz del cielo conoció que lo que Dios exigía de él era la reparación de la Iglesia universal, entonces bastante desmoronada a causa de las herejías que pululaban y del desenfreno de los vicios que todo lo invadían. Así pues, esta Vble. Orden Tercera, como las otras dos, se fundó por voluntad de Jesucristo.»

«El Señor que había inspirado el pensamiento de esa fundación a Francisco, aprobó con muy marcadas señales su realización. Estaba el Serafín de Asís retirado en su pobre celda del Monte Alvernia, cuando se lo apareció Jesucristo rodeado de resplandeciente luz, y entabló con él un coloquio que el Santo contó después a su discípulo Fray León, de esta manera: «Díjome su Divina Majestad, que puesto que yo había

recibido tanto de su bendita mano, sería bien ofreciese algo de la mía. Aquí creció mi congoja, conociendo mi poquedad y una deuda que no se puede pagar. Alarguéme con los deseos a más de lo posible, y ví que ni estos podían ser satisfacción condigna de mi obligación, con que recurrí otra vez a mi miseria nada pareciéndome que se daría por contento con la confesión de la deuda un acreedor infinitamente rico y poderoso. Nada, Señor, nada tengo que poderos dar, nada soy y sólo el ser nada puede ser cosa mía: lo que en vuestros ojos es algo, es porque es vuestro. De mi cuerpo y de mi alma os tengo hecho entero sacrificio, con que sólo puedo ofreceros lo que no es mío. Replicó el Señor diciéndome le había de ofrecer alguna cosa que fuese de su agrado, para lo cual, me mandó que metiese la mano en mi seno, y le ofreciese lo que en él hallase. Puse la mano y encontré una hermosa moneda de oro. Mandóme otras dos veces repetir la misma diligencia, y saqué otras dos monedas de oro finísimo, en todo muy parecidas a la primera en la preciosidad y en la hermosura. Viéndome que el Señor me daba las víctimas para el sacrificio, se las ofrecí reverente, y su divina Majestad las admitió con mucho gusto, y me dijo: «Francisco, sabes qué significan estas tres monedas que me has dado? Debes entender que significan la institución de las tres Ordenes que con tu diligencia me ofreciste, las cuales he aceptado con inefable gozo».

Las circunstancias que rodeaban al mundo en el tiempo de la fundación de la Tercera Orden Franciscana, nos refiere con sabia

rectitud el Smo. Padre León XIII, en un discurso pronunciado por él, cuando fue nombrado Cardenal Protector de la Orden Tercera: «No ignoráis, amados Terciarios, cuál era la situación del mundo moral al rayar el siglo XIII. Un apego excesivo a los bienes terrenos y placeres de los sentidos; un deseo inmoderado de satisfacer brutales pasiones y desenfrenados caprichos; grande indiferencia religiosa y apatía para las cosas de Dios; profunda ignorancia y hasta desprecio de la religión revelada, espíritu activo y rebelde a toda autoridad divina y humana: he ahí los rasgos característicos de aquella antigua edad. ¿Y dónde encontraremos, amados Terciarios, un retrato más fiel y adecuado de los vicios de nuestros tiempos?» (1).

«Por medio de este nuevo Instituto, cuyas puertas están abiertas a toda clase de fieles sin distinción, intenta el varón de Dios, Francisco de Asís, hacer que se observe fielmente la Ley Evangélica y la negación voluntaria y espontánea de sí mismo, excitar a la práctica de todas las virtudes, fomentar el espíritu de oración y penitencia, formando así de todos los cristianos una sola familia religiosa que, viviendo en el mundo y en medio de todos sus tráfigos, abrigue un espíritu en todo opuesto a sus tendencias. Esta Institución es la Orden Tercera Merced a ella puede decirse que cada uno de los fieles escoge la misma vocación de los frailes Menores y Clarisas, y que el es-

(1) "León XIII y la Vble. Orden Tercera de San Francisco", por el R. P. Mariano Fernández, II.

píritu de San Francisco se extiende a todo el universo realizándose su pensamiento de santificar al mundo por el desprecio de los bienes terrenos y por el anhelo del amor divino».

Ciertos artículos de la Regla, ya reformada por León XIII, admirablemente manifiestan cómo el espíritu de la Tercera Orden vive y tiene su fuerza en el Santísimo Sacramento del Altar.

En el Cap. II que trata *del modo de vivir*, se dice: «I. Los Hermanos de la Tercera Orden despreciado todo lujo supérfluo y refinada elegancia, tomen por regla la modestia...

«II. Absténganse con gran cautela de los bailes y representaciones peligrosas. . .

«III. Usen parcamente la comida la bebida y no se sienten ni levanten de la mesa sin haber antes piadosamente invocado y dado gracias al Señor.

«V. Confiesen debidamente sus pecados cada mes y *acérquense así mismo a la Sagrada Mesa*.

«VIII. No permitan llevar a su casa libros o diarios de los que pueda venir algún daño a la virtud, ni los dejen leer a sus dependientes.

«XI. *Asistan todos los días, los que cómodamente puedan a la Santa Misa*.

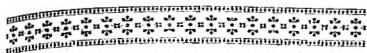
«XIV. Los Sacerdotes en el Santo Sacrificio, y los legos recibiendo, si pueden, la sagrada Eucaristía ruegen piadosamente por el eterno descanso de los Hermanos difuntos, etc».

Esta Orden pues, santa en su origen y en su fin, como medio principal para su vida tiene el amor a Jesús Crucificado, y mediante la sobriedad, el apartamiento de los halagos

del mundo y la participación de la divina Eucaristía, santifica a las almas. San Luis Rey de Francia, Santa Margarita de Cortona, *la Magdalena Seráfica*, Santa Isabel de Hungría e innumerables Santos de esta bendita Orden, en esa fuente divina de la penitencia y de la comunión eucarística hallaron el vigor y aun su total transformación sobrenatural.

Orden tan admirable, digna es no solo de nuestra veneración, sino que debe serlo también de nuestro anhelo. *La Santa Misa!... La Sagrada Mesa!* dos puntos que señala como polos de la vida santificadora. Cómo debemos agradecer a Dios y enaltecer el nombre de Francisco de Asís, pobre y penitente, pero encendidísimo en amor a Jesús al fundar esta Orden. Cómo debemos, mediante nuestras oraciones y comunión fervorosa, rogar al Dios de la Eucaristía que propage y conserve en esta ciudad del Santísimo Sacramento esta Milicia Serafica que, en tantos siglos santificando a tantas almas, ha mantenido entre los pueblos el calor de la vida sobrenatural, el dulce amor a Jesús Crucificado, de cuya Pasión, para que nunca la olvidemos, dejó el Señor *el recuerdo perenne* en el Sacramento del Altar: *Sub Sacramento mirabili passionis tuae memoriam reliquisti.*

A Él sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos.



III

SANTO DOMINGO DE GUZMAN

CON altísimo acierto la Santa Iglesia, al presentar al amor de los siglos los hijos ilustres que tejieron su corona, señala para el honor el día de su muerte: pues, es el día de los verdaderos y eternos triunfos. Las palmeras saliendo del surco de la tierra, libres yerguen en el espacio su copa en dirección al cielo.

Al celebrar, como es costumbre, el centenario de estos héroes, parece que los vemos alzarse del polvo de los siglos en su realidad histórica nimbados de luz e irradiando fulgores a fin de que los pueblos los contemplen con admiración y en ellos aprendan a buscar la verdadera gloria, la grandeza y el honor.

Así aparece a nuestra vista Domingo de Guzmán, después de siete siglos como han pasado desde su gloriosa muerte. Y su ardoroso celo, y su predicación y sus virtudes, realzanse mejor por la atenta consideración de la piedad cristiana, y al par que con el Sagrado Libro decimos cuán cierto es que el *justo vive en eter-*

na memoria, decimos también: ¡Cuán admirable es Dios en sus Santos!

Al recordar la vida de Santo Domingo de Guzmán, no olvidaremos el sueño que tuvo su bendita madre, la Bienaventurada Juana de Aza: Creía que llevaba en su seno un blanco cachorrillo que, al nacer, llevando en la boca una hacha, encendía al mundo (1).

Piadoso en su misma puericia, en el hogar de tan nobles y cristianos padres, como por a-tavismo lo han sido en el pueblo español; man-cebo estudioso y al par ya gran penitente; jo-ven entregado heroicamente al bien y socorro de sus semejantes; abriendo entusiasta su co-ra-zón a la verdad y a la gracia en la educación, en las aulas públicas de Palencia en España; acucioso él mismo por su buena formación, pe-ro no con la idea de un lucimiento vano, o para alcanzar simplemente efímeros aplausos del mundo, sino con la mirada en la caridad de Dios que todo lo hace para atraerse a los hom-bres a su amor; así, Domingo desde el princi-pio de su vida pensó y consiguió de modos tan diversos y con invenciones tan suyas la salva-ción de las almas, la conversión de los pecado-res. Cooperando sin treguas a la divina gracia que le santificaba, comprendió en la oración cuán necesario es satisfacer a la Justicia divina con la penitencia para obtener la conversión de los pecadores, y por ello extremó sus vigili-as, ayunos y penitencias, para conseguir el perdón y la conversión de quienes conoció como obs-

(1) Breviario Romano.

tinados.

Su fidelidad en el servicio de Dios y las obras del cielo de su juventud lo exhibieron ya a las miradas divinas como el *cachorrillo*, guardián de la casa de Dios, que celoso reclamaba por los intereses de la gloria divina, y en la medida de sus fuerzas, la defendía.

Ordenado de sacerdote por el Obispo de Osma, ¿quién podrá imaginar de cuánto ardor se llenó su corazón por la gloria de Dios, y cuanto amó al Dios a Quién le admiraba sacramentado en sus manos, y que saciaba las ansias que desde niño sintió? Pues, se cuenta que Domingo, desde que pudo hablar, solicitaba se le llevase a la iglesia donde encontraba sus delicias adorando a Jesús sacramentado. Preludios de santidad que siendo dignos de suma atención, ordinariamente suelen los padres de familia descuidar, o talvez destruirlos empleando con los niños otra clase de halagos, esos de la época moderna. ¿No es cierto que hoy se despierta a los niños nuestros a la vida con las novedades del cine, de los teatros, o talvez con escándalos algo mayores?....



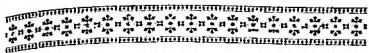
Sacerdote ya, Domingo, se distinguió no sólo por su ejemplar modestia, oración y fervor, sino que la llama del cielo que ardía en su espíritu le excitó a difundir la luz de la verdad mediante la predicación, procurando la vuelta de las almas descarriadas al amor de Dios.

Yendo a Francia con D. Diego de Acevedo, Obispo de Osma, por mandato del rey Al-

fonso de León, cuánto lamentó en su corazón al ver que, en su mayor parte las provincias meridionales de Francia y de toda Europa estaban inficionadas con el virus albigense, "secta sutil y penetrante organizada entre el misterio, y amén del cuerpo de doctrinas metafísicas que secretamente profesaba, poseía otro de principios sociales totalmente adversos a la constitución de la Iglesia, del poder y de la familia" (1).

El celo de Domingo sufrió todavía más cuando supo que los Legados de la Santa Sede, enviados a predicar en el territorio occitano, «se declararon, tras increíbles trabajos, impotentes para cortar las cabezas de la hidra»; y ni los magnates, ni los Obispos, ni los párrocos, ni clérigos se preocupaban de éllo, sino al contrario sólo pensaban en toda contemporización con el mundo y en vivir en sus torneos y juegos. . . Memorables son las palabras de Domingo a los monjes del Cister, que con pompa salían a convertir herejes. Con los pies descalzos hay que marchar contra los hijos del orgullo; ejemplos quieren y no los reducireis con las frases».—Domingo y el obispo de Osma así marcharon a sus triunfos. «Los cistercienses se aparearon de sus monturas y sigieron a los españoles» (2).

(1) Pardo y Basán. San Francisco. C. V.
(2) Michelet. Hist. de France.—N. del P.



IV

NO hablaremos de los milagros con que Dios confirmó las obras de celo de Domingo; ni recordaremos la prueba del fuego a que sometió a la faz de los herejes los escritos que contenían su doctrina, prueba en la que siempre vencedora la verdad, dejó ilesos los escritos de Domingo, y al revés hechos cenizas los de los herejes. Para ponderarlo bien, y admirar la aprobación que mereció del cielo, recordaremos la hermosa visión que le llenó de valor antes de acercarse al Pontífice para pedirle consejos al manifestarle sus proyectos.

Nunca había oído Domingo de Guzmán el nombre de Francisco de Asís. Una noche rezaba el español pensando con angustia los destinos de la hermosa madre de los Santos, la Iglesia, a quien había consagrado las fuerzas de su alma y espíritu. Apareciósele entonces una visión: Jesucristo airado en ademán de blandir tres agudas lanzas contra el mundo; y su Madre que por aplacarle le presentaba dos hombres. En uno de ellos se reconoció a sí propio: el otro era un mendigo, pálido y humilde. Al día siguiente entrando Domingo en

una iglesia, vió al hombre de su sueño, con la misma túnica remendada, el mismo aspecto de pobreza, iguales descoloridas facciones. Fuése a él con los brazos abiertos, y estrechándole sobre su corazón exclamó: Tu eres mi compañero, caminaremos juntos: vivamos unidos y nadie prevalecerá!»

Domingo, apenas había vestido a dos de sus primeros discípulos la blanca túnica y la negra capucha, fuese a Roma, para consultar con Inocencio III, entonces reinante, sus designios y planes, y a su vez, Francisco, quería obtener del mismo Pontífice, mientras se celebraba el Concilio de Letrán, la pública confirmación de su Orden. Inocencio admiró y asintió a la Regla franciscana, y aplaudió a Domingo su Obra; mas la aprobación de una y otra no se verificó sino después, en tiempo de Honorio III.





V

Domingo no está ya sólo: reunió discípulos. No estará solitaria su voz ante las multitudes, al reclamar por los intereses de Dios y el reinado de la Verdad. Admirable comunicación de calor y luz, de fortaleza y vida, con que han ido formándose al travez de los siglos Cenobios y Comunidades, como muro de defensa contra las herejías, como focos de calor contra el frío rebelde de las humanas pasiones que se separan de Dios.

Los historiadores de hoy, casi en su totalidad, al ensalzar a un santo, sólo hablan de las maravillas que obró o de las grandezas y títulos que alcanzó; y poco de sus trabajos y virtud. No sea este el camino que sigamos en nuestro escrito. Busquemos al hombre; al hombre que coopera a la gracia y logra ser levantado por ella y transformado, pero sin echar un caos entre la naturaleza y la gracia: Cristo vino a divinizar la naturaleza no a destruirla. Así podemos explicar el divino calor encendido y comunicado por el Fundador y que se sieu-

te en presencia de una comunidad en que todos sus miembros conservan original semejanza con él, y son como su representación, su otro yo, su reproducción de ideas y virtudes.

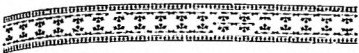
La Orden dominicana se llama de *Predicadores*. Santo Domingo, su fundador, modeló en ella su propio espíritu: por esto nunca podemos contentarnos con las más grandes obras que se pudiera admirar en sus miembros, si no hallamos como tangible a nuestro corazón la virtud de Domingo, su celo y su fe. «Yo no conocí ni ví a la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, decía Fray Luis de León, hablando de la santa Doctora de Avila, mas ahora que vive en el cielo la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas, que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros (1). Lo mismo debemos decir en la Comunidad dominicana y en cualquiera otra. Quereinos ver a su santo Fundador en cada individuo de la Orden.

Constituída la Orden y aprobada la Regla, cómo comienzan, en efecto, a manifestarse admirable el celo de Domingo, su fervor por la fe, su piedad, sus inmaculadas costumbres y su amor a Jesús y María, en cada uno de los héroes que llevan su librea, que se llaman sus hijos, que sostienen su bandera, por donde quiera que avanzan! Y en verdad se verifican entonces las palabras del Profeta: *¡Quam speciosi*

(1) A las Madres Priora Ana de Jesús y religiosas Carmelitas de Madrid. Tom. IV. Obras de Fray Luis de León.

pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!
Cuán hermosos son los pasos de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien!

Pedro el Mártir, que entrega el cuello a los herejes rezando el Credo, el Credo, que no le enseñó su padre por que fué gentil, pero que aprendido en la escuela lo predicó valerosamente bajo la librea de Domingo de Guzmán, es un retrato vivo de la intrepidez del santo Fundador. Jacinto, el polonés, después de enseñar en muchos pueblos las verdades del Evangelio y el respeto a los santos Misterios, libra del fuego la imagen de María y el ostensorio que contenía el divino Sacramento: dos objetos que son el constante amor de Domingo.—Alberto Magno, en su aula, derramando la ciencia de Dios para iluminar al mundo; Vicente Ferrer, recorriendo como astro luminoso los confines de Europa para convertirla; y sobre todo, Tomás de Aquino, ceñido con el cingulo angélico de virginal castidad, entregado como el que más a las austeridades de la penitencia, abstraído, en constante meditación de la eterna verdad, fervorosísimo amante de María con el Santo Rosario, poeta ardoroso y encumbrado de las glorias del Santísimo Sacramento: imagen es fidelísima de Domingo, el predilecto hijo de María; penitente y valeroso adalid de la Iglesia contra los albigenses, constantes enemigos de los sacramentos y de las buenas costumbres. La obra de Domingo, su Comunidad de Predicadores, y lo mismo se diría de las otras Ordenes establecidas por él, es él en espíritu, es la vida de Domingo atravezando los siglos!



VI

MAS ¿cuál es el distintivo, como la esencia de esta vida admirable? No veamos sólo la grandeza a que ha llegado la Orden, ni sólo los santos prodigiosos que en ella se veneran: para nuestro ejemplo necesitamos descubrir sus virtudes: siempre la virtud regenera al mundo. Fijemos la atención en aquello que fue el móvil de la vida de los santos y su ornamento, lo que aún ahora constituye su mérito.

¿Por qué no recordamos más la penitencia de Domingo, la oración continua, su amor al Rosario con el que honró tan amorosamente a María y triunfó de los enemigos de la Iglesia?, y su fervor hacia la santa Eucaristía en la celebración de la santa Misa y en la comunicación a los fieles? Y su silencio, y la pureza virginal que legó como tesoro inapreciable y como norma a sus hijos, y que la incrustó como joya en su Regla? La historia de los siglos transcurridos demuestra que al par que estas virtudes abundaron en los conventos de la Orden, la gloria descendió sobre el santo nombre dominicano, como aureola de luz, como aroma de cielo, y se ha

verificado el sueño de la leyenda: los muros de la santa Iglesia fueron sostenidos por los hombros de Domingo y de Francisco.

Si con la predicación debía Domingo iluminar al mundo, fué el Rosario la palanca que puso María en sus manos para renovarlo. Al celo de Domingo lo confió María; a su preparación especial para el nuevo apostolado que iniciaba; a su amor y singular confianza en la omnipotente intercesión de la clementísima Reina de los miserables pecadores. El Rosario es, en efecto cadena de amor que María regala para la esperanza; es libro que lo leen los hijos de la fe, pero cuya armonía y fuego divinos tienen poder para transformar los corazones. Al Rosario ha vinculado la Reina del Amor las más abundantes, las más ricas, las más altas promesas de gracia; y a Domingo lo escogió para su propagador. ¿Cuál puede ser la promesa más recomendable sino la de que: *Los verdaderos devotos del Rosario no morirán sin los auxilios de la Iglesia*, que es la décima señalada entre las quince hechas, al B. Alano.—El Centenario de Domingo de Guzmán, es pues la fecha de la más grande alegría para los corazones que aspiran al cielo y que aman a María.

Mas, terminemos. Domingo al sentirse próximo a rendir la jornada estando en Bolonia, cuando contaba apenas cincuenta y un años de edad, asaltado por la fiebre, llamó a su alrededor a todos los alumnos de la Orden. Platicándoles más tierramente que nunca, tendido en el suelo, les exhortó a conservar la inocencia e integridad virginal. Les encargó en seguida la caridad y la

humildad; les legó como patrimonio real la pobreza, y cuando los Hermanos rezaban las oraciones del ritual, al decir: *Subvenite, Sancti Dei: Acercaos Santos del Señor, venid Angeles, se durmió él en el Señor.*

La Orden Dominicana celebrando el Centenario de la muerte gloriosa de Domingo de Guzmán, recordará sin duda que la razón de su existencia, como la del árbol en la semilla, está en la perseverancia de sus miembros en el *espíritu de Domingo*. Son base de su prosperidad las virtudes que, en imitación a su santo Fundador, guardará como herencia y tesoro; y su fuerza será siempre la austeridad en la disciplina, su amor a María con el santo Rosario y su comunicación con el Santísimo Sacramento del Altar.



SANTA TERESA DE JESUS



I

FEMINISMO DESEABLE.

DE veras que el cristiano feminismo es digno de loa.

Y hoy que el mundo cansado del culto de lo sobrenatural se halla empeñado en buscar su Paraíso en lo que halaga los sentidos y les da placer, es justo interesarse por algo que eleve la consideración, ya que es imposible olvidar *que no hemos sido criados para las cosas de este mundo.*

Feminismo.....!

Parece nueva música para una misma más que secular canción.

En la Iglesia Católica siempre se ha ensalzado el merito donde se lo ha hallado; y por esto ella refiere con entusiasmo la historia de sus Santos y alaba a Dios por la participación que han tenido las nobles mujeres cristianas en los acontecimientos del mundo. Elena, madre de Constantino, desplegando el Lábaro sagrado de la Cruz sobre la faz de la tierra: Clotilde, esposa de Clodoveo, conduciendo a los Francos a las

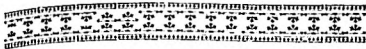
fuentes del Bautismo; Isabel.... Isabeles!.....: Gran feminismo!..... O bien una Catalina de Alejandría, la mártir vencedora de los filósofos del siglo; y Catalina de Sena, consejera de cuantos Cardenales y sabios y Pontífices; una TERESA DE JESUS....!

Feminismo sublime es el cristiano feminismo!

Pero la música está en que con esta palabra se quiere hoy levantar altar a la mediocridad; diré mejor, a la impiedad, al impudor, a la disolución de los hogares, a toda desobediencia a la Ley de Dios y de la Iglesia; se abre la puerta a la licencia, y es ya arma en manos de alguna secta, cuando ha logrado suplantar la noble idea cristiana.

En el año actual muchas ciudades de España se glorían con el recuerdo de la glorificación de Santa Teresa de Jesús, la Monja de Avila. El Santísimo Padre Gregorio XV la exhibió ante el mundo como digna de los honores celestiales, como modelo de las almas nobles, como santa de excelsos méritos, el día 22 de Marzo de 1622, canonizándola al propio tiempo que a otros notables hijos de la gracia, como San Felipe de Neri, etc.

Las relaciones de su vida con el Santísimo Sacramento del Altar, el recuerdo de la Primera religiosa ecuatoriana, su sobrina, Teresita de Cepeda y el mismo honor de Cuenca que posee dos Monasterios de Carmelitas, hijas de Teresa de Jesús, nos ponen la pluma en la mano para que hagamos algunas consideraciones que redunden en su alabanza y gloria al mismo tiempo que de estímulo a nuestra Católica Sociedad.



II

EL ORTO

NACIDA Teresa de Jesús en Avila, ciudad de Castilla la Vieja, a los doce años, niña aún, perdió a su madre, y es hermoso verla delante de una imagen de María consagrándose como hija suya, ya que no tenía a quién llamarla en la tierra, y con palabras tan dulces, brotadas de su fe profunda y de un amor confiado, que su propia madre había infundido en ella, como semilla que depositó en terreno fecundo, y comenzaba a dar el fruto apetecido. Lo dará en efecto, en abundancia, en el campo de Dios, con la fundación de tantos Monasterios para lo que fué predestinada.

Todas sus impetuosidades y flaquezas infantiles y todos sus naturales descuidos de la juventud, y hasta las frialdades de su espíritu, fueron muy luego, en la hora señalada por la Providencia, encaminadas al provecho espiritual de su alma, y a una mayor ansiedad y anhelo por llenar, esos que podríamos llamar insignificantes vacíos de su vida, con un admirable aumento

de amor a Jesús, especialmente en su Sacramento adorable, y luego con el fervor de su celo en él mismo encendido.

No hay duda: ¡cuánto merecen los padres de familia cristianos cuando con su ejemplo señalan a sus hijos y dependientes la senda que han de seguir en la vida!..... La oración de la mañana; la santificación de los días de fiesta mediante su concurrencia al templo y las lecturas piadosas en común; la explicación sencilla que brota de los labios del padre de la casa, con la cual grava en el corazón de los hijos las máximas que se han leído, o las vidas de los Santos que se ha oído; la frecuencia de Sacramentos hecha a vista de los niños y con ellos.... Felices padres, pues, realmente aman a sus hijos y dependientes con las ternuras con que se aman a sí mismos, con ese amor que perpetúa su vida religiosa.

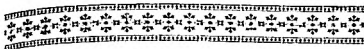
Así explicamos los anhelos de Teresa de Jesús por la vida eremítica, por el deseo de imitar a los santos mártires, cuya vida leía con sus hermanos, todos niños a escondidas; por sus obras, obras, en fin, de fervor cristiano, y su amor al templo y a la santa Eucaristía.

Otro ambiente poderoso determinó también ese fuego divino en que ardió Teresa por el divino Sacramento. España combatía contra los luteranos: España con sus Reyes y pueblo moría por el dogma de la Transubstanciación. Sus sabios fueron quienes más ardorosamente defendieron este dogma en el santo Concilio de Trento: España expresó esta fe en todos sus monumentos, hasta en el saludo familiar: *Alabado sea el*

Santísimo Sacramento.... Teresa, es pues, como un ejemplo brillante y vivo de esa fe sin igual de España como nación.

En las primeras páginas de su libro *Camino de Perfección*, deja sentir el ardor en que se desahacía por defender a Jesús en la Eucaristía, y porque haya almas que la amen y también la defiendan. «En este tiempo vinieron a mi noticia, dice, los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Díome gran fatiga, y como si yo pudiera algo, o fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me ví mujer, y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que estos fuesen buenos) determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo.....y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden y ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no tuviese a donde reclinar la cabeza.» [1]

(1) Cap. I. Cam. de Perfección.



III

Santa Teresa y la Eucaristía

LA Iglesia, en el santo Bautismo, abre sus puertas a los que han de gozar de los beneficios de la vida sobrenatural, y pone de relieve que la vida eterna depende de la fe. El grado de fe con que están adornadas las almas significa al mismo tiempo, el grado de unión con Dios de que gozan, y que es esta la única ley que obra en el acatamiento divino para el mayor o menor grado de gloria accidental que recibirán las almas. El grado de fe determina, además, en la tierra, la valía de todas las buenas obras en orden a esa nueva vida. Qué ejemplos de fe se hallan por ello en la vida de los santos!..... Sin tratar de las otras virtudes de Teresa, veamos sólo su amor a la divina Eucaristía.

Bajo la impresión de las circunstancias que hemos referido, cuál no será el afecto de Teresa al Santísimo Sacramento, en donde Cristo N. S. ha reunido maravillosamente sus misterios y donde enciende con su fuego divino a las almas!

Sus padres no descuidaron de llevarla pronto al divino banquete, de enseñarle a descansar en ese soberano Sostén y Apoyo, y de buscar allí a Jesús en toda tribulación, con la confianza que sólo puede inspirar la fe. Y aunque por largo tiempo no fué diaria su comunión, por no haber sido esta la costumbre de la época; el soberano efecto de la gracia se dejaba sentir en el progresivo amor a Dios y en el celo por las almas redimidas con la sangre divina. Cuando fue ya dueña de su vida y sentimientos, los esculpió en sus libros, y es admirable todo lo que nos ha dejado escrito; pues nos revela el secreto de los misterios de su alma. ¡Qué fe tan profunda! ¡qué elevación y delicadeza de sentimientos! ¡qué confianza! qué celo por honrar al divino Sacramento, y por hacer que los hombres traten a Jesús en él, con el acatamiento que se merece, aunque no lo podamos sino según nuestra natural poquedad. Cómo descubre en su altísima ciencia las causas que impiden el aprovechamiento espiritual de amor en las almas! En suma, ella es al mismo tiempo, Paloma que se recrea en esa fuente divina donde bebe sus delicias, y Guadiana que defiende los fueros de la honra debida a un Dios oculto por que nos ama.

Es hermoso saborear en sus propias palabras tan dulces sentimientos.

Exponiendo en dulce contemplación la oración del Padre nuestro, dice: «Viendo el buen Jesús la necesidad» *(de la obediencia a la Ley de Dios para ganar el reino que le pedimos, al decir Venga a nos el tu reino)* «buscó un medio admirable a donde nos mostró el extremo de amor

que nos tiene; y en su nombre y en el de los hermanos dió esta petición: El pan nuestro de cada día, dánosle hoy, Señor. Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello; y tened en muy poco lo que habeis dado, pues tanto habeis de recibir. Paréceme ahora a mí (debajo de otro mejor parecer) que visto el buen Jesús lo que había dado por nosotros, y como nos importa tanto darle, y la gran dificultad que había, como está dicho, por ser nosotros tales, y tan inclinados a cosas bajas, y de tan poco amor y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos, y no una vez sino cada día, que aquí se debió determinar de quedarse con nosotros. Y como era cosa tan grave y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del eterno Padre; porque aunque son una misma cosa, y sabía que lo que él hiciese en la tierra, lo haría Dios en el cielo, y lo tendría por bueno, pues su voluntad y la de su Padre era una, todavía era tanta la humildad del buen Jesús, en cuanto hombre, que quiso como pedir licencia, aunque ya sabía era amado del Padre, y que se deleitaba en él. Bien entendió qué pedíamos en esto, que pidió en lo demás; porque ya sabían la muerte que le hablan de dar, y las deshonras y afrentas que había de padecer.

“¿Pues qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su hijo, y tal hijo, y parándole tal, quisiera consentir que se quedara entre nosotros a padecer nuevas injurias? Por cierto ninguno, Señor, sino el vuestro: bien sabeis a

quién pedís. ¡Oh Váleme Dios qué gran amor del hijo, y que gran amor del Padre! Aun no me espanto tanto del buen Jesús, porque como había ya dicho, *Fiat voluntas tua* habíalo de cumplir como quién es..... ¿Mas Vos, Padre eterno cómo lo consentisteis? ¿Por qué quereis cada día ver en tan ruines manos a vuestro Hijo, ya que una vez quiststeis lo estuviese, y lo consentisteis? Ya veís cómo le pararon, ¿cómo puede vuestra piedad cada día verle hacer injurias? ¡Y cuántas le deben hoy hacer a este Santísimo Sacramento! ¡En qué de manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Qué desacatos destos herejes!



IV

Enseñanza de Santa Teresa acerca de la Eucaristía

Esa gran sabiduría y ciencia divinas que del misterio de la Eucaristía llenaban el corazón de Teresa de Jesús, debemos juntar las manifestaciones externas, también admirables de su fe. Conocía que donde está Dios por amor, está con las manos abiertas derramando todo beneficio, y que quién con amor se acerca a El, por el infinito amor de Dios sera favorecido abundantemente. No en vano el Salmista cantó: *Aperi os tuum et implebo illud.* (Ps. 80.)—“*Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui.* (Ps. 36, 4.)—Abre tu boca y te la llenaré de manjares: Deléitate en el Señor y te dará lo que desee tu corazón.”

Oigamos algo de sus enseñanzas eucarísticas. «El quiere ahora por la (voluntad) suya no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros para más gloria de sus amigos, y pena de sus enemigos; que no pide mas de hoy ahora nuevamente, que el habernos dado este pan sacratísimo para siempre cierto lo tenemos. Su Majestad nos le dió..... este mantenimiento y mana de la humildad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de

hambre, que de todas cuántas maneras quisiere comer el alma hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad, ni trabajo, ni persecución, que no sea fácil de pasar, si comenzamos a gustar los suyos.»

«Pedid vosotras, hijas, con este Señor al Padre, que os deje hoy a vuestro Esposo, que no os veáis en este mundo sin él, que baste para templar tan gran contento, que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan y vino, que es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar, ni otro consuelo: mas suplicadle que no os fulte y os dé aparejo para recibirle dignamente....."—«Pensáis que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban, y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario, y de males muy conocidos que no se podían fingir a mi parecer." (Cap. XXXIV. Cam. de perf.)

Leed ahora su doctrina sobre la necesidad de darle gracias después de la comunión. "Estaos vos de buena gana con él, no perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado. Mirad que este es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús que le tengáis compañía. Tened gran cuenta, hijas, de no la perder si la obediencia no os mandare, hermanas, otra cosa: procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es, no os dejará de enseñar, aunque no lo

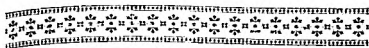
entendáis, que si luego lleváis el pensamiento a otra parte, y no hacéis caso, ni tenéis cuenta con quién está dentro de vos, no os quejéis sino de vos. Este, pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oyamos y besemos los piés, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros."

"Mas acabado de recibir al Señor, pues tenéis la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraros al corazón, que yo os digo (y muchas veces lo querría decir) que si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgáredes, procurando tener tal conciencia, que os sea licito gozar a menudo deste bien que no viene tan disfrazado que, como he dicho, de muchas maneras no se dé a conocer, conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo: mas si no hacemos caso dél, sino que en recibéndole nos vamos de con él, a buscar otras cosas más bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Hanos de tratar por fuerza a que le veamos, que se nos quiere dar a conocer? No, que no le trataron tan bien, cuando se dejó ver a todos al descubierto y les decía claro quién era, que muy pocos fueron los que le creyeron. Y así harta misericordia nos hace a todos, que quiere su Majestad entendamos que es él que está en el Santísimo Sacramento mas que le vean descubiertamente y comunicar sus grandezas, y dar de sus tesoros no quiere sino a los que entiende que mucho le desean, porque estos son sus verdaderos amigos. Que yo os lo digo, que quién no lo fuere y no llegare a recibirle como

a tal, habiendo hecho lo que es en sí, que nunca le importune porque se le dé a conocer.» [Id.]

En el Libro de las Fundaciones, escrito por ella misma, puede reconocerse la magnitud de su fe en el Santísimo Sacramento. No quedaba tranquila al instalar un nuevo monasterio de Carmelitas, sino cuando había logrado hacer colocar el Santísimo Sacramento. Al tratar de la fundación en Medina del Campo, apenas halló oportunidad y lugar para éllo, oídle el entusiasmo con que se instala. "Unos se pusieron a tapizar, nosotras a limpiar el suelo, nos dimos tan buena prisa, que cuando amanecía estaba puesto el altar y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la misa. Esto bastaba para tomar la posesión: no se cayó en ello sino que pusimos al Santísimo Sacramento, y desde unas resquicias de una puerta que estaba frontero, veíamos misa, que no había otra parte. Yo estaba hasta esto muy contenta; porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más a donde haya Santísimo Sacramento." (Lib. de las Fund. C. III.)

Pero oigamos la pena que sintió al no verlo con la seguridad necesaria. «¡Oh válneme Dios! ¡cuando yo ví a su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, que fué la congoja que vino a mí corazón..... Comenzeme a consolar al ver la mucha gente que venía, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fué misericordia de Dios; porque fuera muy acertado quitarnos el Santísimo Sacramento. Ahora considero yo mi bobería, y el poco advertir de todos en no consumirle, sino que me parecía que si esto se hiciera era todo deshecho.



V

Conformidad de la doctrina de Santa Teresa con la de la Iglesia

SANTA Teresa de Jesús, modelo de fe en la divina Eucaristía, ejemplar ardoroso de devoción y celo, ha sido y es maestra en todo orden de virtud y devoción. Lo que nos excita a admirar en ella los deleites de la vida sobrenatural con que vivía, no es tanto su altísima contemplación, pues es sabido que este camino es de pocos, y la multitud quiere hallar en las huellas de la Santa la senda del Paraíso; lo que atrae más, pues, la atención de quienes la contemplan, y tiene poder para encaminarnos al amor de Dios, es su fe sencilla, su tranquila devoción a Jesús Sacramentado, de la cual lleva en su corazón un incendio.

Alma que tanto amó la divina Eucaristía, cómo no había de enseñarnos el respeto y las disposiciones con qué debíamos acudir a este Sa-

cramento, y prevenirnos contra las *apariencias de devoción*, verdaderos enemigos de las almas y de la santa Eucaristía, contándose entre ellos principalmente la *imaginación* y la *sensibilidad*, cuando no van informadas por la *obediencia*.

En el Capítulo VI del Libro de las Fundaciones, refiere la Santa los dos hechos siguientes: En uno de sus conventos había dos religiosas reconocidas como muy buenas «y en efecto lo eran», dice, pero que por deseos de la comunión desfallecían y enfermaban si no se les satisfacía cuanto antes. «Comenzáronles unos ímpetus grandes de deseo del Señor, que no se podían valer: parecíanles se les aplacaban cuando comulgaban, y así *procuraban* con los confesores fuese a menudo, de manera que vino tanto a crecer esta pena que se iban a morir. Los confesores como veían tales almas y con tan grandes deseos (aunque el uno era bien espiritual) parecíanles convenía este remedio para su mal. No paraba solo en esto, sino que a la una eran tantas sus ansias que era menester comulgar para poder vivir, a su parecer; que no eran almas que fingieran cosa, ni por ninguna del mundo dijeran mentira. Yo no estaba allí, y la Priora escribióme lo que pasaba, y que no se podía valer con ellas, y que personas tales decían que pues no podían más, se remediase así. Yo entendí luego el negocio, que lo quiso el Señor; con todo callé, hasta estar presente, por que temí no me engañase; y a quien lo aprobaba era razón no contradecir hasta darle razones».

«El uno era tan humilde, que luego como fui allá y le hablé, me dió crédito; el otro no

era tan espiritual, ni casi nada en su comparación: no había remedio de poderle persuadir; mas deste se me dió poco, por no le estar obligada; yo las comencé a hablar y a decir muchas razones, y a mi parecer bastantes para que entendiesen *era imaginación* el pensar se morían sin este remedio; teníanla tan fijada en esto, que ninguna cosa bastó ni bastará llevándose por razones. Ya yo ví era excusado, y díjeles que yo también tenía aquellos deseos y dejaría de comulgar, porque creyese que ellas no lo habían de hacer sino cuando todas: que nos muriésemos todas tres; que yo tenía esto por mejor, que no semejante costumbre se pusiese en esta casa, a donde, había quien amaba a Dios tanto como ellas, y querrían hacer otro tanto.»

«Era en tanto extremo el daño que ya había hecho la costumbre, y el demonio debía, entremeterse, que verdaderamente como no comulgaron, parecía que se morían. Yo mostré gran rigor, porque *mientras más veía que no se sujetaban a la obediencia* (porque a su parecer no podían más) *más claro vi que era tentación.*»

Son 'para admirar las palabras:» Más claro vi que era tentación. ... mientras más veía que no se sujetaban a la OBEDIENCIA.»

No es menos digno de recuerdo el caso que refiere ocurrido con una mujer, grande sierva de Dios al decir de todo el pueblo, y debía serlo; que comulgaba cada día pero sólo hacía su voluntad, sin sujetarse a *obediencia* ninguna. Leed sus palabras: Comulgaba cada día y no tenía confesor particular, sino una vez iba a una iglesia a comulgar y otra a otra. Yo notaba esto,

y quisiera mas verla obedecer a una persona que no tanta comunión; estaba en casa por sí, y [a mi parecer] haciendo lo que quería; sino que como era buena, todo era bueno: yo se lo decía algunas veces, mas no hacía caso de mí y con razón, porque era muy mejor que yo, mas en esto no me parecía erraba. Fué alla el santo Fr. Pedro de Alcántara, procuré que la hablase y no quedé contenta de la relación que dió; y en ello no debía haber más, sino que somos tan miserables, que nunca nos satisfacemos mucho sino de los que van por nuestro camino. Porque yo creo que había ésta servido más al Señor, y hecho penitencia en un año, que yo en muchos. Vínole a] dar el mal de la muerte (que a esto voy) y ella tuvo diligencia para procurar le dijese misa en su casa cada día, y le diesen el Santísimo Sacramento. Como duró la enfermedad, un clérigo harto siervo de Dios, que se la decía muchas veces, parecióle no se sufría de que en su casa comulgase cada día: debía de ser tentación del demonio, porque acertó a ser el postrero que murió. Ella como vió acabar la misa y quedarse sin el Señor, dióle tan grande enojo y estuvo con tanta cólera con el clérigo, que él vino bien escandalizado a contárnelo a mí. Yo sentí harto, porque (aun no sé si se reconcilió) me parece murió luego. De aquí vine a entender *el daño que hace hacer nuestra voluntad en nada, y en especial en una cosa tan grande;* que quien tan a menudo se llega al Señor, es razón que entienda tanto su dignidad que no sea por su parecer, sino que lo que nos falta para llegar a tan gran Señor, que forzado será mu-

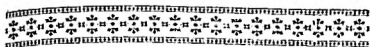
cho, supla la obediencia de ser mandadas. A esta bendita ofreciósele ocasión de humillarse mucho, y por ventura mereciera más que comulgando, entendiendo que no tenía culpa el clérigo, sino que el Señor viendo su miseria, y cuan indigna, estaba, lo había ordenado así para entrar en tan ruin posada. Como hacía una persona, que la quíban muchas veces los discretos confesores la comunión, porque era a menudo: ella aunque lo sentía muy tiernamente, por otra parte deseaba más la honra de Dios que la suya, y no hacía sino alabarle, porque había despertado al confesor, para que mirase por ella y no entrase su Majestad en tan ruin posada: y con estas consideraciones obedecía con gran quietud de su alma, aunque con pena tierna y amorosa: mas por todo el mundo junto no fuera contra lo que le mandaban. (Lib. de las Fund. C. VI.)

Someterse a la obediencia a su Regla las religiosas, y en vista de esa exactitud en el cumplimiento de sus deberes esperar mandato de la obediencia de parte de los confesores para la frecuencia de la comunión, he ahí la doctrina de la Santa Madre para el primer caso. No dejarse dominar del gusto sensible únicamente, sino esperar con humildad el mandato del confesor en lo que mira a la misma frecuencia, he ahí la doctrina para el segundo caso.

Esta es también la actual doctrina de la santa Iglesia. En el Decreto sobre la Comunión diaria, publicado en 1905 por la Santa Sede, se lee: «5º. Para que la Comunión frecuente y cotidiana sea hecha con mayor prudencia y con más copioso mérito aumentada, conviene que in-

terverga el consejo del confesor. Guárdense no obstante los confesores de ir a apartar de la comunión frecuente y cotidiana, a cualquiera que se encuentre en estado de gracia y se acerque con recta intención.»





VI

La sobrina de Santa Teresa de Jesús (1)

SANTA Teresa de Jesús, la fundadora de tantos conventos de vírgenes piadosas y heroínas que están en el cielo, Santa Teresa de Jesús nos pertenece.

Admirable su oración se dirigía a obtener de Jesús Sacramentado el triunfo de la Iglesia contra las modernas herejías de su tiempo, pero quería también la conversión de todos los que no conocían aún a Nuestro Señor Jesucristo. La América conquistada por sus príncipes debía de ganarle fieles para el cristianismo y para ello se había enviado muchas misiones; mas de preferencia oraba por el Reino de Quito. Esto que se llama hoy República ecuatoriana, estuvo en la mente de la Santa y era objeto de sus especiales ruegos, desde que le movían hasta motivos de interés doméstico. Vivían sus hermanos en Quito, y el Señor

(1) Extracto de la obra "La familia de Santa Teresa en América."—Excmo. Sr. Manuel M. Pólit Laso.

Don Lorenzo de Cepeda, muy distinguido por la Santa, tenía allí su familia. Sus oraciones pues, fueron tan fervorosas que el Señor le concedió en cierta ocasión el don de la bilocación para que pudiera visitar a su familia, aunque esta no lo supiera.

De Don Lorenzo de Cepeda, natural de Avila en España, como Teresa de Jesús, y de doña Juana de Fuentes y Espinosa, nació en Quito el 25 de Octubre de 1565 y fue bautizada el 4 de noviembre, la niña Teresa de Jesús de Cepeda, mas tarde Carmelita en España y gloria del Ecuador.

Don Lorenzo se había embarcado en el otoño de 1540 con su hermano Jerónimo de Cepeda y en compañía del comisionado regio Vaca de Castro, mandado por Carlos V a estudiar la situación del Perú, revuelto y asolado por la primera guerra civil entre los Pizarros y Almagro, y vino a América.

Doña Juana, nacida en Trujillo, hoy obispado del Perú, fue hija de Dn. Francisco de Fuentes, el que habiendo venido con los primeros conquistadores, estuvo en la captura de Atahualpa y recibió una parte del oro y plata que el desgraciado Inca dió por su rescate en Cajamarca, y en la hora de la muerte dejó diez y ocho mil pesos para que fuesen empleados en beneficio de los Indios. El Arzobispo de Lima, Fr. Jerónimo Loaysa, con consulta de teólogos, había resuelto que no podía concederse la absolución sacramental a los conquistadores que participaron del rescate de Atahualpa, si primero no restituían la parte que a cada uno le había cabido para em-

plearla en obras de caridad a los indios. Francisco de Fuentes había recibido quince mil y él restituyó diez y ocho mil.

Teresa, que fue la sexta hija de este matrimonio, quedó huérfana de madre apenas al año de nacida, y fue criada en medio de los halagos paternos y de las tristezas de la viudez de Don Lorenzo, por las indias domésticas, bajo el cuidado según se cree de una sobrina de Dn. Lorenzo, hija de Dn. Jerónimo de Cepeda.

Su educación así religiosa como intelectual fue esmerada, tanto como lo permitían las circunstancias de la nueva ciudad, donde no existía siquiera un monasterio de monjas. Sin embargo, puede adivinarse el celo con que Dn. Lorenzo la instruiría, ya que según el decir de Menéndez y Pelayo, fué el muy instruido y en tal grado que fue el primero que en Quito manifestó dotes literarias y compuso en verso.

«Teresita aprendió a leer y escribir antes de su viaje a España, y aunque hubo de perfeccionarse entre las carmelitas, se comprende que las primeras lecciones serían muy buenas, ya que la forma de la letra, redondeada, pequeña, igual y elegante, como se ve en sus autógrafos, se aventaja a la de su Santa tía, letra grande, muy rápida y enrevezada, bien conocida de todos los que han venerado sus manuscritos o visto el fotograbado de ellas.»

Además de la doctrina cristiana, la lectura y la escritura, la niña sabría algo de la aritmética y poseería algunas frases del quichua, idioma de las indias con quienes trataba.

Don Lorenzo y toda su familia se trasladó

a España, y después de la primera entrevista con la Santa, lo cual fue a mediados de Agosto de 1574, quedó Teresita con las monjas vistiendo su hábito y viviendo su pobre vida.

Es una carmelita quien ha escrito lo siguiente hablando de Teresita sobrina de la Santa:

«Por grande que fuese la solicitud de nuestra santa para con su familia, Teresita sola la ocupaba y embelezaba mas que los otros. Era, en efecto, una niña encantadora, graciosa y bonita como su madre, un ángel de Inocencia, naturaleza delicada y escogida que requería cuidados particulares. No tenía entonces mas que ocho años, y su razón, su entendimiento estaban muy por encima de su edad. Desde que conoció a su tía la amó con todo el ardor de su corazón, y no podía separarse de ella. Teresa, viendo a esta pobre niña sin madre, rodeada solamente por su padre, hermanos y sirvientes, mucho deseara educarle ella misma.



Las inclinaciones de Teresita persuadían a la santa, que no era propia para el mundo; mas ¿sería posible introducirla en el Carmelo? La clausura tiene leyes severas y no por su sobrina habríase dispensado nuestra Santa de observarlas.

Ventajosamente se interpuso el P. Gracián, provincial de los Descalzos y el consultor P. Eusebio, jesuita, quienes dijeron que para religiosa no la podían tener sino cuando cumpliése los doce años, en que podía dársele hábito; mas criarse

en el monasterio sí, y escribe la Santa: «También lo ha dicho el dominico Fray Baltazar. Ya ella está acá con su hábito que parece duende de casa, y su padre que no cabe de placer, tiene una condiconcita como un ángel, y sabe entrete-
ner bien en las recreaciones, contando de los in-
dios y de la mar, mejor que yo lo contara.”

Teresita se quedó, pues, al lado de nues-
tra Santa que le sirvió de madre. Por su piedad
caudorosa, por sus progresos, gracia y alegría
inagotable, había de ser en adelante el mejor
solaz de Teresa y uno de los goces del Carmelo
(Bolandistas)

En el viaje que hizo la Santa a Avila, junio
4 de 1576, fue la niña con su tía, y escribe
la Santa: “Teresa ha venido dando recreación por
el camino y sin ninguna pesadumbre.—Teresa no
les escribe porque está ocupada. Dice ella que es
priora y se le encomienda mucho.”

Con mucho contento y placer recibieron a
Teresita las monjas al ser presentada por Don
Lorenzo.

La Santa visitó este convento al fin del mes
y se retiró a Toledo a cumplir la prisión a que
le obligó el Capítulo General [9 de Agosto]

Parece que Teresita hizo su Primera Co-
munion a los 11 o 12 años, pues su Santa tía
escribió: “Mientras mas crece tiene mas virtud y
muy cordecita. Ya comulga y no con poca de-
voción” [4 de Junio de 1570]

Pasó un año escaso y ocurrió la muerte de
su padre Dn. Lorenzo, que siguiendo las ex-
hortaciones de su Santa hermana se preparó para
la muerte de los justos. Dios concedió a Santa

Teresa por milagro asistir a ese fallecimiento.

Vinole luego, ya de novicia, la tentación. Vacilaba. Influían en mucho las exigencia de la suegra de su hermano Francisco que ambicionaba la herencia y la natural tentación que aleja en muchos casos al individuo de su vocación.

Pero la Santa Madre que sabía penetrar en los corazones para descubrir la tentación, le advirtió de los peligros y la curó.

Teresita profesó de Carmelita el primer viernes 5 de Noviembre de 1582, en Avila, a los cuarenta y seis años de la profesión de Santa Teresa de Jesús. Fue la primera profesión de la Descalcez después de muerta la Santa de lo cual no habían pasado sino veintitún días y ella tenía diez y seis años recién cumplidos.

La prelada que presidió esta profesión fue la Madre María de San Jerónimo, elegida después de muerta la Santa, una de las mas notables entre las carmelitas primitivas.

"La fórmula íntegra de su profesión que se conserva en el primer registro del archivo de San José de Avila, escrita toda y firmada por nuestra carmelita, dice así:

"Yo Teresa de Jesús hago profesión y prometo obediencia, castidad y pobreza a Dios Nuestro Señor y a nuestra Señora la Virgen María del Monte Carmelo, y al Reverendísimo Padre Prior General de la Orden de la gloriosa Virgen María del Monte Carmelo, Fray Juan Baptista Gafardo, y a sus sucesores, según la regla primitiva sin relajación hasta la muerte. Fecha en Avila, a cinco días del mes de noviembre, año de mil y quinientos y ochenta y dos: y porque

es verdad lo firmo de mi nombre.—*Teresa de Jesús*—*María de San Jerónimo*.—*Isabel Baptista*.
Ana de San Pedro.»

La vida de Teresita fue marcadamente vida de santidad, por su afecto a la oración a la penitencia y a los sacrificios. Sin embargo, en los muchos sufrimientos con que la rodeó Nuestro Señor, fue su consejera la Madre Ana de San Bartolomé que tuvo compasión de esa joven tres veces huérfana y aun se cuenta que "cuando su delicada salud, sus pruebas espirituales, su deseo de alcanzar una perfección de la que se creía muy lejos, entristecieron a menudo su vida, sin quitarle la gracia hechicera de su carácter, ni el candor de niña que había traído al claustro, Santa Teresa la sostuvo en medio de sus penas. Confusa en verse en compañía de las Hermanas y tan acudada a sus propios ojos, que se creía indigna de llevar el nombre de carmelita, Teresita se acongojaba un día sobre manera cuando la Santa se le apareció, la abrazó y acarició, manifestándole tanto amor y ternura que la dejó bien consolada." (Pg. 209)

Crecía la Hermana Teresa de Jesús en perfección diariamente y desempeñaba al mismo tiempo los oficios de Sacristana y enfermera, ropera y provisor, conforme a la costumbre de las carmelitas, sucesivamente.

Mas tarde, ardorosamente deseó la difusión de la Orden, y especialmente cuando se trasladaron las primeras religiosas a Francia. No pudiendo ir ella, se dedicó más a la oración y a la formación de nuevas esposas de Jesucristo en el Noviciado, a cuya dirección le llamó la obediencia.

Nos place copiar este retrato que de ella consta en la Crónica de la Orden: "Era su persuasión el ejemplo, y como sus doctrinas las veían en ella primera ejercitadas, las abrazaban con aprecio las demás, y creían podían con la gracia del Señor ejecutar en sí lo que la maestra les daba ya ejecutado. En los actos de comunidad era la primera, y en la devoción y atención a lo sagrado. Guardaba riguroso silencio, estrechísima pobreza y tal reverencia a las cosas de observancia las mas mínimas, que la señalaban con el dedo. Usaba de rigurosas disciplinas, de ásperos cilicios y siempre que llegaba a confesar y comulgar iba de ellos rodeada..

Después de la elección de la nueva Prelada Rda. M. Ana de San Alberto, siguió la Hermana Teresa de Jesús, de clavaria, 19 de febrero de 1610.—Los últimos meses de su vida los pasó, poseída de veneración y amor a su santa Madre preparándose en su interior, y recogiendo documentos para lo que debía decir en su declaración del proceso remisorial. Y esta declaración la dio la víspera misma de su muerte.

Murió la Hermana Teresa de Jesús en olor de santidad, asistida sin falta por su santa Madre, el viernes 10 de Septiembre de 1610 de edad de cuarenta y tres años diez meses y seis días.

"Verificadas las humildes exequias de la humildísima carmelita, se la enterró en el suelo de la nueva sala capitular, donde hasta el día de hoy yacen sus restos mortales, y su tumba es mirada con afectuosa veneración."

La Crónica de la Orden después de ensalzar sus méritos, escribe: "Murió en su convento

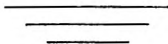
de Avila a diez de Septiembre de este año: *y a la misma hora*, pareció en Francia a su muy íntima amiga y venerable Madre Ana de San Bartolomé, como ella misma lo escribe en una relación que hizo en Flandes. Son suyas estas palabras: «Ella murió harto moza, y con una muerte que los padres que estaban allí dijeron que tal muerte no era sino de santa. Parecía que era con ella la Santa Madre. A esta hora yo estaba en la Francia bien descuidada que ella estuviese en este aprieto; y estando un poco recogida, vi pasar delante de mí a la Santa, que la llevaba de la mano. Yo lo sentí y quede harto envidiosa, y a poco tiempo me escribieron, cómo había muerto a aquella hora que yo la había visto. (Pg. 238)

Recuerdo de esta visión se conserva en el monasterio de carmelitas descalzas de Amberes, estampa del siglo XVII.

Qué el recuerdo glorioso de esta dichosa Carmelita levante el espíritu de nuestra femeni-
na juventud, y nos gloriemos todos con esta intercesora de tanto valor delante de Dios!



La Vble. Madre Sor Beatriz de Silva
Fundadora de las Religiosas Concepcionistas





I

EL sonreído mes de Diciembre, lleno de ternuras místicas y de esperanzas de lo sobrenatural y maravilloso, nos pone siempre a la orilla de un mar de ensueños. Es el tiempo del Adviento, se aguarda, como la tierra seca al rocío, al Redentor Niño, y los ojos se clavan al través de las tinieblas del tiempo en el Pesebre, en las pajas y en el cuadro irradiante de luz de esos Personajes, modelos del vivir humilde y dichoso, envidia de los cielos. Es el mes de la esperanza: por esto, sin duda se le comienza con las plegarias y el amor a la Inmaculada. Multiplíquense en estos días las fiestas de la Iglesia en su honor: ya es la del gran Misterio, ya las de las apariciones, la Medalla Milagrosa, la de N. Sra. de Guadalupe de Méjico, etc. etc. Es verdaderamente mes de atracción de las almas a una vida sobrenatural.

Y se nos hace objeto de especial contemplación el saber cómo bajo la bandera de la Inmaculada ha querido el cielo agrupasen las almas, y en místicas salanges las clases sociales de la juventud femenina sobre todo, formando como coros de ángeles, sin cesar, *cantasen el cá-*

tico nuevo del amor casto y puro, al Cordero Inmaculado y a su Madre bendita la Reina de las Vírgenes. Queremos hoy recordar de la amable Fundadora de la Orden de Monjas Conceptas o Concepcionistas, como se las conoce en la Historia: de la Vble. Madre Sor Beatriz de Silva.

* * *

En España sobre todo, fué siempre objeto de contemplación de los teólogos, del amor de los fieles y de la profunda veneración de Emperadores y Príncipes, el misterio de la Inmaculada Concepción de María, como todos sus monumentos nos lo enseñan. Allí en España es en donde por primera vez se lee la aparición de la Sma. Virgen con ese vestido singular, marcador de la nueva corriente de emociones dulces que debían enardecer al mundo; distintivo de la nueva forma de piedad de las almas, hacia su Madre y Reina, triunfadora del infierno y de la maldad de las sectas: *la blanca túnica, el manto azul!*

He aquí cómo la Historia y la leyenda lo refieren.

En Villa del Campo Mayor, en el Reino de Portugal, nació en 1424, y fue educada en el temor de Dios y cristianas costumbres por sus propios padres, señores de alta nobleza y devotos de la Orden franciscana, *Beatriz Gómez de Silva y Meneses*, cuarta hija del Señor de dicha Villa Dn. Ruiz Gómez de Silva y de Doña Isabel de Meneses, dama noble.

Fue, Beatriz, discretísima desde niña y devotísimamente amó a María, en el misterio de

su Concepción Inmaculada. A la hermosura del alma había juntado Dios en ella la hermosura del cuerpo, y, joven ya, acompañó a la Infanta de Portugal, Doña Isabel, a Castilla, donde la Infanta contrajo matrimonio con el Rey Don Juan II. La rara belleza de Beatriz le fue ocasión de los celos y de la siniestra intención de la Reina contra ella. Los nobles deseaban su mano, y a todos los rechazó. La Reina, al fin, quiso librarse de ella, pero mediante un crimen. Un día la llenó de reproches, la acusó de traiciones; y tomándola de la mano la encerró en un cofre para que muriese asfixiada. Lloraba Beatriz, para que la Reina no cometiese semejante acción, pero la Reina cumplió su voluntad. Pusose Beatriz en las manos de Dios, se contortaba meditando en la Pasión de Cristo Nuestro Señor, y más que todo, confió en la protección de la Santísima Virgen a quién se entregó decididamente prometiéndola vivir en castidad perpetua, si le libraba de este tormento. Al momento se le apareció la Santísima Virgen con el divino Niño en los brazos, vestida de *hábito blanco y manto de color del cielo*. Allí al librarle de la prisión, le anunció la Santísima Virgen que sería Fundadora de una Orden de Religiosas dedicadas a honrar su Inmaculada Concepción con un hábito igual al que entonces Ella llevaba" (1).

Salvóse, en efecto, con la fuga, de Tordecillas, donde estaba la Corte y donde esto acontecía, a Toledo, y en el camino, dos religiosos fran-

[1] Comp. hist. de la Ord. de la Inmac. Concep. Cap II.

ciscanos desconocidos, cuyo hablar enardecíale en amor de Jesucrito, se le hicieron contradizos, y uno de ellos en idioma portugués le anunció que *tendría una posteridad numerosa*: a lo cual respondió ella: «¿Cómo puede ser esto, si jamás tendré esposo?» Desaparecieron, y no volvió a hallárseles, dice la historia; pero se le dió inteligencia que fueron S. Francisco y San Antonio de Padua, por la gran devoción que les profesaba, concluye la monja que escribe esta relación.

Llegada a Toledo se encerró en el Monasterio de Santo Domingo el Antiguo de la Orden del Cister, donde pasó casi cuarenta años en traje seglar y en el ejercicio de todas las virtudes, como obediente y perfecta religiosa. Para ocultar su belleza cubrióse el rostro con un velo, que no lo alzó nunca ni para comer. La Reina Isabel, la Católica que la visitaba con frecuencia, tuvo un día curiosidad de conocerla, y con su autoridad de Reina le ordenó que se descubriese; al verla, quedó maravillada de tanta hermosura, y en esa época tenía Beatriz ya sesenta años.

Aunque recreada siempre con los dones del cielo y apariciones de la Santísima Virgen, en 1484 se le mostró de nuevo esta adorable Señora, con el mismo vestido que en la primera ocasión, y le dijo: «Hija y fiel sierva mía, cumplido está ya el tiempo en que para honor de mi limpia Concepción, el poder, sabiduría y amor de mi dilectísimo Hijo dispone levantar en su Iglesia la Orden Religiosa cuya idea te tengo ya una y otra vez manifestada; y pues su dignación amorosa quiere que tú seas

el fundamento de ella, extiende tu mano con fortaleza.....a esta obra.....en todo tendrás pronta la eficacia de mi 'patrocinio', y dándole su maternal bendición desapareció.

Comunicó la Sierva de Dios todo el asunto a la gran Reina su amiga, Isabel la Católica, tan devota de la Inmaculada Madre de Dios y afecta a Beatriz, y le ofreció toda protección y autoridad. Aconsejóla que, para proveerlo cómodamente, saliese del Cister, y en el mismo año de 1484 le cedió una Casa, que llamaban *Palacio de Sapiana* y una iglesia contigua llamada de *Santa Fe*.

Con doce vírgenes, contando entre ellas una sobrina suya, Doña Felipa de Silva, inició la vida religiosa con hábito de la Congregación y cordón de la Orden de San Francisco, pero sometidas al Ordinario de la Diócesis de Toledo.

Como modelo de las demás vírgenes sus compañeras, se distinguió en la humildad, en la austeridad de la penitencia, en la caridad para con los pobres, a quienes consolaba y socorría, y en el trabajo para las iglesias y ropa de los pobres.

Inclinada a la oración y contemplación el objeto principal de sus meditaciones fue la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; su amor entrañable y filial, María en el misterio de la Inmaculada Concepción, y su recreo y consuelo, la adoración al Santísimo Sacramento, ante el cual pasaba las noches íntegras, si exceptuamos unos pocos momentos de descanso.

El Santísimo Sacramento fue su consuelo y su oráculo. «Una noche vió la lámpara del Santísimo apagada y observó luego que, sin que

nadie la encendiese, tornó a encenderse, y oyó una voz que le dijo: «Así ha de ser tu Orden; por tu muerte será deshecha y tan perseguida a los principios, que llegará a ser asolada y grandemente afligida, pero después florecerá, y será muy ensalzada y multiplicada en todas las partes del mundo».—Lo cual se verificó en efecto después de su muerte.

Ordenada la Regla, se la envió a Inocencio VIII, con petición de la Reina Católica, suplicándole aprobase: la *Orden* con el título de la Inmaculada Concepción, la regla, el rezo y el hábito: todo lo cual aprobó S. S. menos la Regla, mandando que se la escogiera de entre las otras aprobadas ya, la que más le acomodase. Eligió Beatriz la del Císter, porque la conoció, y porque había visto practicarla durante los años que se conservó en Santo Domingo del Cister.

Remitida a Roma la Regla que pareció apropiada para obtener la Bula de aprobación, Beatriz lo supo en el mismo momento que se la había expedido, mediante un mensajero celestial, mientras en el torno hablaba con el mayordomo. Ella conoció que era el Arcángel S. Rafael.

Cuando llegó correo de Roma, trájole la triste nueva de que el navío que traía sus despachos se hundió en el mar. Acudió entonces al Santísimo Sacramento, y por tres días continuos perseveró en oración, al cabo de los cuales al sacar de un cofre una cosa que necesitaba, vió en él un pergamino como Bula. Avisó al Convento de P.P. Franciscanos y viniendo el P. Fr. García de Quijada, Obispo de Guadix, entonces su confesor, lo leyó y reconoció ser la Bula del Smo.

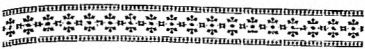
Padre Inocencio VIII, sin duda alguna milagrosamente traída a la Vble. Madre. Esta agradeció a Dios el beneficio, y comunicó a la Reina el hallazgo, quién, al saberlo, ordenó se la publicara con gran solemnidad. Salió el Obispo presidiendo una solemnísimá procesión, vestido de Pontifical, y llevando la Bula en una bandeja muy rica, hasta llegar a Santa Fe con el canto del *Te Deum*.

Al llegar a esta iglesia donde les aguardaba la Vble. Madre con sus devotas hijas, el Obispo celebró de Pontifical, predicó ensalzando admirablemente las glorias de la Inmaculada Concepción y las de aquellas sus nuevas hijas; y convidó a todo el pueblo a la imposición de velos de las religiosas, fijando la ceremonia para después de quince días. La Vble. Sierva de Dios disponía las cosas, convenientemente, mas pasados cinco días la Sma. Virgen en dulce aparición le dijo: «Hija, de hoy en diez días has de venir conmigo que no es voluntad de Dios goces en la tierra lo que tanto has deseado». La sierva de Dios con gran conformidad y alegría hizo llamar al Obispo su confesor, religioso Franciscano, comunicóle la revelación y dispuso las cosas de su alma con gran solicitud y cuidado. Al día siguiente cayó enferma: los franciscanos le administraron los últimos sacramentos y le dieron la profesión, siendo la primera planta de esta Orden y la Fundadora de ella.

Al levantarle el velo, que en tantos años ocultó su hermosura, «se desprendió del rostro un globo de luces, que deslumbró al ministro que la ungía, y en el centro de aquel resplan-

dor se fijó una estrella tan refulgente, que tanto a sus hijas como a los franciscanos que la asistían dejó dulcemente embelesados». A estos había encomendado su naciente familia; y «como flor purísima que abre sus pétalos a los vivificadores rayos del sol, así esta cándida azucena fué desprendida de su tallo» y recibida en los brazos de Cristo. Este dichoso tránsito tuvo lugar el 9 de Agosto del año de 1490, contando la Vble. Madre sesenta y seis años de edad.





II

VICISITUDES DE LA ORDEN

EA estrella que brilló en la frente de Sor Beatriz de Silva en el momento de su sepelio, hizo recordar en la ciudad la predicción hecha a una franciscana del Convento de Belalcázar: "Que en la ciudad de Toledo se había de mostrar al mundo una estrella tan resplandeciente, que con su luz alumbraría los Reinos de Castilla y León, pues tenía por guía a la Soberana Virgen María Ntra. Señora".

Cuéntase que apenas muerta, Sor Beatriz se apareció a Fr. Juan de Tolosa en Guadalajara, ordenándole que fuese en seguida a Toledo: *pues su Casa estaba a punto de perecer.*

Y en efecto, el lugar del sepelio fué motivo para que se viera el cumplimiento de la profecía hecha por Sor Beatriz. Las mismas monjas, hijas suyas, pretendieron hasta dejar el Instituto, que apenas habían abrazado, y trasladarse al Cister, donde había vivido la Vble. y donde las monjas de este Convento querían enterrar el ve-

nerando cadáver. Los PP. Franciscanos se opusieron tenazmente a ello, lo sepultaron en el de la Concepción donde murió, y a las religiosas las exhortaron instantemente que no dejasen el Instituto, hasta que en llegando Fr. Juan de Tolosa él las confirmó en su santa vocación.

Las tribulaciones que ha sufrido la naciente Comunidad son muchas. Varias veces estuvo en peligro de extinguirse, y siempre la santa Orden Franciscana fué como su ángel tutelar. Cuando Doña Felipa de Silva resolvió regresarse a su patria llevando el santo cuerpo de la Vble., fueron los franciscanos quienes la hicieron volver a Toledo donde murió santamente. Cuando las Concepcionistas se unieron a las de San Pedro de las Dueñas, se pensó en extinguir la Comunidad de Sor Beatriz por mandato superior, pero fué el gran Cardenal franciscano, Dn. Jerónimo de Cisneros, quien volvió a reunir las en el espíritu de caridad, y ellas sintieron entonces en su vocación como las delicias del Paraíso.

El Cardenal Cisneros las eximió de la jurisdicción del Obispo, les dió la Regla de Santa Clara y las sujetó a la Orden de San Francisco, con cuya *cuerda* se ceñían desde el principio de la fundación.

Mediante gestiones hechas ante los Reyes Católicos por el mismo Cardenal, se les entregó el Convento que los Franciscanos Claustrales dejaron al pasar a la Observancia y sus rentas y propiedades, y desde entonces se llamó y fué ese convento: «El Real de la Concepción Franciscana, Primero y Cabeza de la Orden».—El Cardenal obtuvo aprobación pontificia en todos estos arreglos.

El Oficio litúrgico de las Concepcionistas ha sido compuesto en 1508 por Fr. Ambrosio de Montesinos, franciscano.

Después de esta época, el Cardenal Cisneros, viendo que la Comunidad Concepcionista florecía admirablemente, pues contaba con más de sesenta monjas, pensó en darles Regla propia, y escribióla «calcándola en la primera de la Seráfica Madre», y con sus doce capítulos fué aprobada luego por la Santidad de Julio II en 1511. Así el primer Convento erigido para honrar el misterio de la Inmaculada Concepción de María, convirtiéndose en el de la Primera Orden Concepcionista del mundo.

Aunque el Smo. Padre Inocencio VIII el 30 de Abril de 1489 concedió que viviesen en clausura, con hábito y rezo de la Concepción, Regla de Cister y Cordón de San Francisco, las dejó como Convento sometido al Ordinario, Alejandro VI y después Julio II confirmaron la Regla de las religiosas de la Concepción y fue incorporada a la Orden de los Frailes Menores.

Cuando llegó la Bula y Regla dadas por el Papa Julio II, fue Abadesa la Madre Catalina Calderón y Vicaria la M. Juana de S. Miguel, hijas y compañeras de la santa Fundadora, e imitadoras fieles de su religión y virtud.

Es admirable el respeto y santa novedad con que revestían la publicación de los actos y mandatos de la Santa Sede los católicos españoles de aquella época. Leímos ya la gran solemnidad con que fué entregada la Bula a la Vble. Madre Bentriz; ahora esta segunda Bula fue también entregada con no menor solemnidad. Se reunie-

ron en Corporación varios señores Jueces, Eclesiásticos y los religiosos franciscanos presididos por el P. Guardián y su Vicario, y se la notificaron a las Religiosas que esperaban con alegría.

El P. Fr. Francisco de los Angeles Quiñones, Provincial de Castilla, presidió la primera profesión de las Concepcionistas franciscanas, y cinco años mas tarde les dió las Constituciones, que fueron observadas por mucho tiempo en los Conventos de la Orden.

Para complemento de la alegría de estas santas religiosas, ordenó el Papa Julio II que las Dominicas de Madre de Dios, entregasen el santo cuerpo de Sor Beatriz a los franciscanos, quienes lo trasladaron al Convento de la Concepción en Enero de 1512. En 1518 fueron colocadas estas santas reliquias en una costosa arca cerrada con tres llaves. Se cuenta haber ocurrido muchas maravillas por intercesión de Sor Beatriz tanto en la traslación de las reliquias de Convento a Convento, como al ser colocada en la nueva Caja donde se conserva.

Inconada en 1639 la causa de Bantificación de la Vble., ha reposado largos años en el silencio, hasta que en 1906 se ha comenzado a reconsiderarla y esperan sus Hijas y los PP. Franciscanos la confirmación del culto que se le tributa en los Monasterios de la Orden propagados por todo el mundo, como lo prueban las imágenes de la Vble. que en diversas situaciones representada se veneran en ellos.

Hemos querido tomar estas notas con el entusiasmo de amantes de la Reina del Cielo, ve-

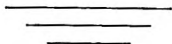
nerada en nuestra ciudad como Purísima e Inmaculada Concepción, con cuyo nombre nos han desmamantado nuestros padres, y a cuyo Altar nos han conducido llenos de fe y de esperanza. Además, porque el perfume de las virtudes de este santo Monasterio de la Concepción de Cuenca ha derramado siempre suavidades en el hogar cuencano del cual casi no hay familia que no hubiese ofrecido a María una flor, una religiosa consagrada a Dios en este Monasterio.

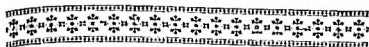
Alabado, sea pues, el Santísimo Sacramento del Altar y la Purísima Concepción de María Señora Nuestra, dos ideales que amó Sor Beatriz y a cuyo culto consagró toda su vida y consagró también sus Hijas.



Un nuevo Modelo de Santidad

La Bienaventurada Bartolomea Capitanio.





PRELIMINAR

E A revista oficial "Acta Apostolicae Sedis" de 1º de Junio y el "Observatore Romano" de 30 de Mayo (1296) nos traen la relación de que, aprobados los milagros necesarios, el Smo. Padre Pío XI, decretó la solemne beatificación de una santa joven, fallecida apenas a los 26 años de edad, que mereciendo ser llamada por la Santa Sede "*flor angelica puritate fragrans*", en cortísima vida alcanzó méritos de larguísima días: *in brevi consummatam explevisse tempora multa*" (A. S. S.)

Se han publicado volúmenes en los que se manifiesta la sencillez de su vida y la grandeza de su obra, pues, el "Instituto de las Hermanas de la Caridad" fundado por la Vble. Bartolomea Capitanio según el espíritu de San Vicente de Paul", tiene en menos de un siglo 14 Provincias, 516 Comunidades y una destinada a la formación de Hermanas Misioneras, la cual data sólo de 21 de Noviembre de 1925, en la provincia de Bérgamo.

"Las hijas de la Capitanio, dice el "Observatore" son 8000 de las cuales 2.000 han sido ya inmolidas como su Fundadora por el bien de sus hermanos".

No es necesario decir que el Instituto abraza muchas y diferentes obras, pues, entre otras, cuenta con 113 Hospitales, 100 Asilos, 15 Manicomios provinciales, 80 Orfanatorios, 8 Casas de Sanidad, 30 de Cocina económica, 280 Asilos de Infancia, 274 Escuelas externas, 22 Colegios de jovencitas; Convictorios diversos y 32 internos para sirvientes, Laboratorios para niñas 16, Oratorios festivos 200, etc. y cárceles, Institutos de ciegos y de reforma de mujeres. En suma, comprende muchísimas miserias de la

vida humana, a donde puede extender sus brazos la Caridad de Dios.

Además, las hijas de la Capitanía tienen una limpia historia de sacrificios y heroísmos. En 1849 se las encontró en las barricadas de Milán; en 1859 junto al S. Martín del Solferino, en medio de los heridos; en el Cólera de 1855 cayeron numerosas al curar a los apestados, lo mismo en 1866, 67 y 68; en 1909 estuvieron en Calabria, en medio de las ruinas ocasionadas por el terremoto; en la guerra mundial sirvieron en 110 hospitales por término medio a 13.500 heridos. El Instituto se ha difundido en toda Italia, en la América meridional de Buenos Aires, en la Villa del Parque en la región de la Plata, y en fin, con numerosas y florecientes obras misioneras, en la India.

PERO, ¿QUIEN FUE BARTOLOMEA?

He aquí un ligero esbozo, de su vida, tal como nos lo trae el "Observatore", y que lo ofrecemos como una ofrenda en el altar del Centenario de la Canonización de San Luis Gonzaga cuya imitadora fue.





I

Niñez.

EL pueblecito de Lovere, besado por las on-
das del Sebino y próximo a la desemboca-
dura del Oglio, fue la patria de este nuevo ángel
humano, joya nueva de la Iglesia católica.

La casa está situada en el centro del pue-
blo, frente a la iglesia parroquial. Junto a la
iglesia, vecina al Tabernáculo, nació Bartolomeu
el 13 de Noviembre de 1807 y el 14 fue re-
generada con el bautismo.

Sus padres fueron José Modesto Capitano
y Catalina Canosi. A Modesto le llamaban en el
pueblo «el loco Modestino» y él no se injuria-
ba, pues creía merecerlo. Amaba a la iglesia, pero
impetuoso de carácter y dado al vino, provoca-
ba riñas y tumultos, metía zozobras en el vecin-
dario y maltrataba a la mujer y a la hija.

La mamá fue temerosa de Dios, y puso todo
cuidado en formar en la piedad y en la prác-
tica de toda virtud a su hijita. Al revés, Lucia
Camila, otra hija, destinada como el padre a ser
el escalpelo en la vida espiritual de su herma-

na, fue después el testigo más irrecusable en el proceso de la heroica virtud de su santa hermana Fundadora del Instituto en que vivió y murió.

La vivacidad sorprendente de la niña fue fruto de su bella inteligencia y de su corazón. Su natural privilegio fue dominar a los demás: la naturaleza le había hecho superior al común ingenio, triunfando del mundo infantil que le rodeaba. La vigilante madre mirando estas dotes como un verdadero peligro si permanecía en contacto con el mal en casa, quiso proveer a tiempo induciendo a Modesto a recluir a Bartolomea en el claustro de las Clarisas, obligadas por el Gobierno a tener convictoras.

Cuanto habría sufrido Bartolomea toda fuego y toda vida, viéndose rodeada de muros altísimos que le privaban la vista de su bello lago, de sus laderas floridas, de navegar en su barquilla, o atravesar el pavoroso desfiladero! He aquí un juego de la Providencia. Convenía reducir, transformar la naturaleza con la obra de la gracia. Dios le prepara el crisol de la soledad, del silencio, de la vida escondida. Sería admirable si Bartolomea pudiese adaptarse a la humildad y al silencio del claustro.... ¡Se adaptó y lo amó!

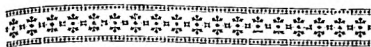
Las Clarisas dispersas por el impío decreto de 1798 se reunieron poco después en el Convento de Santa Clara de Lovere. Parecía como que el Señor había preparado con su mano aquel huerto escogido, allí cerca, para trasplantar a él la predilecta flor que, entre otras olorosísimas, debía esparcir fragancia mucho más suave.

Las Clarisas no recibieron a Bartolomea como a una niña disipada y vulgar; sabían que era obediente y docilísima en casa; sabían por tanto pequeños episodios que preludiaban algo grande en ella, como de maestra, legisladora y apóstola y por esto, se hizo fiesta a la entrada de la niña de 12 años en el Convento de Santa Clara.

Con juramento atestiguó su confesor que Bartolomea exagerando lloraba como grandes pecados las faltas de su primera edad, cuando al contrario, como Luis Gonzaga, nunca había manchado la cándida estola de su inocencia.

Fue ventura para Bartolomea encontrarse con la M. Maestra Sor Francisca Parpani, religiosa de gran ingenio, probada virtud y educadora capaz de ganar el afecto de las educandas. Ella se dedicó a cultivar a Bartolomea. Para prueba de la fudole exepcional de esta niña se cuenta que la maestra un día dijo: ¿Quién querrá ser la primera santa?—Bartolomea alzó la mano diciendo: “¡Yo! ¡yo la primera!”.—Y así cada día rezaba las tres Avemarias diciendo. “*Quiero ser santa, gran santa y pronto santa!*”





II

Educanda.

CUANDO Bartolomea entro en el Convento, las educandas leían en el refectorio la vida de San Luis Gonzaga, escrita por el P. Cepari, S. J. Sus condicípulas la vieron después siempre con ese libro en la mano, y atestiguaron que Bartolomea fue otro San Luis, y se la hubiera tomado por un ángel en carne al sólo verla; pues tanto infundía respeto y veneración.

Ángel de pureza, en su interior sostenía sin embargo lucha tenaz contra la soberbia: no se daba tregua, descubríala al confesor, combatíala, vencíala. De hijos delante de la madre Parpani le suplicaba le manifestase sus defectos y le impusiese penitencia, y delante de todas las compañeras, de rodillas, también les pedía perdón de todos los escandalos que creía haberles dado, rogándoles intercedan con Dios por su conversión. En otra ocasión se acusó en público de un interior sentimiento de cólera, vanagloria, soberbia, acedia, hipocresía.

En Mayo usaba de este método diariamente. Escribía en su cuaderno sus defectos, sus tentaciones de soberbia y lo abandonaba, para que sus compañeras educandas encontrándola perdiesen la estimación a ella. La hermana Camila no evitó humillarla de todos modos. En sus registros de conciencia se admira cómo en cada día y a toda hora no se perdonaba ni los pensamientos de soberbia. El registro manifiesta su temor a un Juez terriblemente severo, y, casi siempre, el golpe de la disciplina, o la gran cruz hecha con la lengua sobre el pavimento eran sugeridos por castigarse.

Mas, para dominarse tan asiduamente, Bartolomen, tenía necesidad del auxilio del Señor. El fervor infatigable de Bartolomen, estuvo alimentado por un fuego inextinguible: la devoción ternísima a la Virgen y a la divina Eucaristía.

Si la Maestra Parpani y el confesor Don Bosio no la hubieran contenido, habría cometido grandes imprudencias de mortificación, ayuno y humillaciones por obsequiar a la Virgen. Se desahogaba escribiendo con la lengua sobre el pavimento el nombre bendito de María, o componiendo discursos en su honor para recitarlos delante de sus compañeras, o prefijándose prácticas santas a modo de novenas, especialmente en Mayo al que llamaba ella su carnaval.

María la conduca a Jesús. Fue admitida jovencita a la Primera Comunión, como por privilegio de preferencia sobre las compañeras de la misma edad. «por el ardor seráfico que manifestaba y por su rara virtud».—En el último año se acercó diariamente a la Comunión, nun-

ca acostumbrada en esos tiempos en una viña.

La Santa Comunión fue el centro de su vida espiritual. Cuando le fue permitida la comunión cada día, se propuso no decir palabra alguna superflua, y tenía siempre una piedrecilla en la boca para recordarlo. Encontramos entre sus propositos que por obsequio a la santa comunión se prohibiría todo pensamiento inútil para no distraerse de la unión íntima con Jesús. También en la Santa Comunión halló la fuerza para sostenerse en la dura prueba a que la sometió la Maestra Parpani para secundar su heroicidad en la perfección, y para sofocar en su corazón y santificar la angustia que sufría al saber la conducta de su papá, el llanto de su mamá, sin poder tolerar en paz y silencio también la molestia causada por Camila en el Colegio.



III

Apostolado.

EAS monjas de Santa Clara tomaron tanto cariño a Bartolomea, que pidieron a su padre la conservase en el convento como prefecta de educación y maestra asistente de la escuela. Este oficio lo cumplió ella con todo cuidado y humildad durante dos años. Obtenido el diploma de enseñanza bajo la guía práctica de la Madre Parpani, comenzó su apostolado de maestra entre las más pequeñitas que ella.

Fue maestra en clase, prefecta en la iglesia, en el refectorio, en el dormitorio, en el recreo; en el paseo volvía a ser educanda, y se acomodaba con las educandas en el alimento, en el vestido, en todo, sin darse la más pequeña importancia, estudiando entre ellas en cómo podría auxiliar al monasterio, y detestando todo sentimiento de superioridad, de modo que lejos de moverse a envidia, todas las educandas le estimaban como a madre y le confiaban todos los secretos de su conciencia.

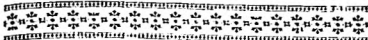
En esta palestra de educadora adoptó el método de un santo pedagogo formado por el Espíritu Santo: *Recibir todo de Dios, referirlo todo a Dios!*

Principia con ello a desarrollarse la vida fecunda del Apostolado de la Capitanía.

Comienza a organizar el vasto movimiento de la Congregación en la devota compañía de San Luis Gonzaga, de la Santísima Virgen, del Sagrado Corazón de Jesús, y por consiguiente, a dictar novenas, componer reglamentos, inventar registros espirituales, para cultivar el espíritu, producir flores de virtud y entretejer coronas para la querida mamá, María, a exponer mil santas industrias agradables a las niñas, con el fin de alentarlas hacia el bien e impulsarlas a la más escogida virtud.

La Madre Calvi atestiguó en el proceso que Bartolomea, educanda todavía, fue árbitro de la voluntad de sus compañeras, y todo lo que ella sugería para adelantar en la virtud se hacía al punto con indecible alegría y consuelo. Y la M. Parpani veía excitarse en sus alumnas gran fervor, sobre todo en las confidentes de Bartolomea a la cual profesaban imitar en todo, y fue necesaria la supervigilancia ocultísima de la Madre Clarisa para que no se exediesen en las prácticas de devoción y penitencia.

Loveve sabía que en el Convento de Santa Clara, una compañía de jóvenes, emulando a la *Gema de las niñas* preparaba para el valle que le rodeaba frutos abundantísimos e imperecederos de educación cristiana.



IV

En el mundo.

A los diez y siete años y medio Bartolomea dejaba la clausura y entraba en el mundo. Su padre le había permitido abrir una escuela en casa para algunas pequesuelas de la primera y segunda elemental y dedicarse a las obras buenas a que se sentía fuertemente inclinada. Bartolomea entraba en el mundo provista de armas para resistir a la seducción y los peligros que temía, sin conocerlos. Pensaba únicamente en los atractivos de la santidad.

Al terminar Mayo de 1823, había hecho voto de obediencia a su padre, a su confesor, a la Maestra, y el 16 de Julio de 1824 dos días antes de salir del Monasterio, se entregó a Dios con voto de perpetua virginidad, pensando en que Dios le llamaría o en el claustro de Santa Clara o en otro lugar, a la vida religiosa. Y en el corazón, sólo conocido por Dios, guardaba un ideal cumplidero cuando fuese la voluntad de Dios, el de *fundar un Instituto religioso compen-*

dio de la vida contemplativa y de la activa siguiendo las huellas del Salvador.

Atenta a conocer la voluntad de Dios, se arrojó con pleno abandono en los brazos de la Providencia para dejarse conducir ciegamente al comenzar y al cumplir los designios de caridad que presentía querer de ella y del futuro Instituto. La escuela, el oratorio festivo, la congregación mariana, el catecismo, la santa emulación, la amistad santa conservada y difundida por todo el valle, asombraron por su actividad prodigiosa. En su vida tiene gran importancia el apostolado de la pluma. No bastándole el día suplía la noche. En el cuarto humilde, en el pequeño escritorio, con el Crucifijo delante, velaba la noche entera transcribiendo prácticas de piedad, fórmulas, reglamentos, cartas, consejos, amonestaciones, prácticas espirituales, que debía dirigir a las compañeras, a las amigas y, en fin, a sacerdotes que le pedían para sus parroquias.

De las niñas del valle, puestas a pensión, formó la buena maestra con sus ejemplos, piadosas y sabias educadoras. Otras jóvenes fueron invitadas por el Párroco a ir a ella pretextando faltarles instrucción, a fin de que las redujese al buen camino, y ella, teniéndolas continuamente a la vista, velaba atenta sobre ellas, las corregía dulcemente, se insinuaba en su ánimo, rogaba, exhortaba, y habiéndolas rendido las volvía buenas a su familia.

En otra ocasión, a instancias de una madre hizo diestramente que reconozca su error un hijo discolo, reflexionándole con suavísimas advertencias, de modo que al despedirse se vió que

sentía el despertar del remordimiento y la piedad.—El Párroco le encomendó la enseñanza del catecismo a los muchachos preparándoles a la primera comunión; y cuando adultos, recordaban todavía la lección, los ejemplos, la santidad de la maestra Bartolomea.



V

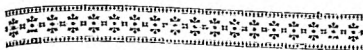
En favor de los Sacerdotes
y las Virgenes

EO que aparece como más admirable en la vida de Bartolomea Capitanio es que ella había dirigido bajo la dependencia de Don Angel Bosio y contribuido largamente a conservar en fervor la Compañía de los Sagrados Corazones de Jesús y María, a la cual como cofrades o cohermanos pertenecían doce sacerdotes representando a los Apóstoles y 72 vírgenes que representaban a los discípulos del Salvador. El fin de la Congregación era hacer revivir el fervor y la piedad de los primeros fieles.

Al leer las prácticas en uso en aquella Congregación, se reconoce el método y el estilo de la Capitanio y todo hace suponer que quién se hacía hermano o hermana, de ella recibía la norma para corresponder al santo fin de la Congregación. Los nombres de los cofrades y de las cofrades de los que ella tenía el elenco a la vista, son los más ilustres de la Valcamónica y de

la Bergamasca. Este Colegio de almas santas hace pensar que si en las fronteras de Italia, en torno al Sebino, se conserva tanta fe y piedad, debe atribuirse en gran parte a la obra grandiosa y oculta de esta alma émula de Luis Gonzaga, la Beata Bartolomen.





VI

Vida de piedad.



SE alegra y embeleza el alma al leer la fórmula de oración escrita por la Capitania en cien y cien ocasiones para sí y para la falange de almas cuyo espíritu dirigía. Bartolomea empleaba pocos libros para hacer oración. Su pasto agradable eran las obras de San Alfonso de Ligorio y de San Ignacio. A la meditación daba el mayor tiempo. De costumbre lo primero en la mañana fue oír la Santa Misa y recibir la Santa Comunión, pasando como una hora en meditación y santos coloquios con su Jesús. Se preparaba a la Santa Comunión en las interrupciones frecuentes del sueño y se servía de bellísimas exclamaciones tomadas de los salmos.

No sabemos si habría recibido dones extraordinarios en la oración. Nada se halla en sus escritos, ni se cuenta; sólo el Reverendo D. Bosio habría conservado el secreto. Bartolomea al punto de morir quemó un bulto de manuscritos de sus notas íntimas. ¡Cuántos tesoros de su vida

interior nos quitó de la vista!

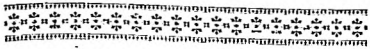
Austera en la cuenta de conciencia de los Santos Ejercicios, que hacía según el método de San Ignacio cada año en Sellere, sola, en el breve descanso de una semana de las vacaciones de otoño. Mucho más austera en su examen de conciencia terminaba vituperándose de haber sido descuidada al dejarse vencer del sueño en la meditación a la media noche, después de haber luchado como una hora con el sueño y con su mal del estómago.

Si leemos sus escritos se llega a comprender cómo una joven de 26 años había podido morir con la fama de una gran santidad, fundadora de un Instituto, después de un inmenso apostolado del bien, ejercitando todas las obras de misericordia corporales y espirituales. A los veinte años fue ya directora del Hospital de Lovere. Los pecadores en el lecho de la muerte le querían ver, y se convertían, los encarcelados visitados por ella lloraban de remordimiento y se reconciliaban con Dios; los ancianos, los niños abandonados y los infelices, eran para Bartolomea amigos fieles. Calmaba los espíritus irritados; sofocaba las riñas, separaba a los que contendían obligándoles a la paz. Pasaba por la calle, y la blasfemia y el discurso impúdico morían en los labios. Ella llevaba en la frente como un reflejo de la justicia y santidad divinas. Toda para todos, no disminuía el cuidado de sí misma, y en la larga e inflamada oración junto al Santísimo Sacramento, imploraba la asistencia divina para no venir a menos en el ideal emprendido, y no desmerecer la gracia de la fun-

dación del bendito Instituto.

A los 18 años había emitido el voto de mayor perfección y lo renovaba de tiempo en tiempo, queriendo por sí misma mejorar bajo la inspiración divina los desiguos a que quería consagrarse en la vida religiosa. A los veinte años con un método especial de vida se propuso hacer el noviciado en el siglo, como preparación a la vida que tenía intención de llevar en el Instituto.





VII

Su noviciado en el siglo.

EL primero de Mayo de 1828, a los 21 años, Bartolomea comienza bajo la dirección de Don Bosio, el noviciado en el siglo.

«*Debes morir al mundo y a tí misma, esta es la sustancia de tu noviciado*»....., así comienza la primera página de aquel «Método» admirable, al cual una perfecta religiosa nada tenía que añadir ni quitar.

Mas, antes de cumplirse el designio de Dios, cuánto pensar, cuánto afanarse, cuánto contratiempo debía mezclarse por largos años en el corazón de la fiel Bartolomea. Apenas salida del Monasterio en el curso de 1824, después por todo el 1825 y en los primeros meses del 1826, en casi todas las cartas que escribe a Vertúa, más o menos veladamente, deja traslucir que le encantaba la fundación y no lo negociaba con su Confesor. Desde los 17 a los 20 años habla del «carísimo Instituto» como de cosa ya segura.

La Providencia le pone obstáculos en el camino, la Vertún no le será compañera en la fundación y dispondrá que Catalina Gerosa lo sea, contra toda humana previsión.

Bartolomea en el exterior permanecerá siempre novicia, no tendrá el hábito religioso, no pronunciará los votos reconocidos por la Autoridad eclesiástica, morirá dejando dentro sólo dos compañeras y el Instituto abandonado con toda la Obra en embrión y no todavía suficientemente desarrollada, mas ella es y será siempre la Fundadora y la Madre, puesto que en aquellas pocas páginas dadas por obediencia ha trazado la regla para el mismo Noviciado, teniendo abundantemente de qué nutrirse para copiar en sí tan fúlgida imagen.

Catalina Gerosa al fin en 1831, vence muchas dificultades y repugnancias y se asocia a Bartolomea para llevar a cabo la fundación del nuevo Instituto. Mas..... he ahí un nuevo y más grande obstáculo para la ejecución. El Reverendo Don Bosio aceptaba la obediencia del Obispo de abandonar Lovere para trasladarse a Brescia, en calidad de Rector del Seminario. Bartolomea, después de haber desahogado su dolor en la oración y en una carta a su Padre Confesor, dispuesto a dejarla sola en la difícil empresa, vuelve a revestirse de energía para aceptar todo de la mano de Dios y escribe de nuevo a Don Bosio exhortándole a la partida. Después dice: *"El Instituto saldrá solamente de la negación de la voluntad, esto será más seguro"*.

Dios se complació del ofrecimiento del sacrificio, sin querer la ejecución. Don Bosio vol-

vió a Lovere y se entregó a la obra para abrir lo más pronto el nuevo Instituto. Bartolomea tenía razón para decir con San Ignacio Mártir en la contradicción y las murmuraciones con que le herían de todas partes: *Yo siento en mí como el brote de una impetuosa corriente de agua viva que me impulsa a acercarme al Señor*. De dos modos ella se acercaba a Dios: preparando la cuna del futuro Instituto y disponiéndose a morir del mal que le minaba inexorablemente.





VIII

Fundación del Instituto.

EL 21 de Noviembre de 1832, Bartolomea Capitanio y Catalina Gerosa, después de haber asistido a la santa Misa y comulgado, salieron de la iglesia acompañadas de Don Bosio, su Párroco, y se fueron a la Casa Gaia, poco antes de adquirida, en donde colocada la imagen de María Santísima en medio de dos cirios encendidos y arrodilladas, hicieron con sentimiento de gran devoción la ofrenda de sí mismas y de sus bienes a Dios por manos de María Santísima, consagrándose enteramente a las obras de caridad en servicio de los pobres del mejor modo como a Dios placiese.

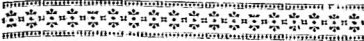
El mismo día Catalina Gerosa abandonaba la compañía para dedicarse a asistir a una tía, enferma de improviso, y Bartolomea quedaba sola con la Güidici, huérfana y doméstica, para comenzar las obras del Instituto en la humildad, en la pobreza, en el padecimiento.

Los métodos que emplea Dios en dirigir

a los santos Fundadores son siempre iguales: al principio Belén, como epílogo el Calvario, como meta el Tabor eterno. Por esto Bartolomea sola, pobre, abandonada, alligida, enferma, como ilustrada con luz profética va repitiendo: *"No duda ni por un instante que nuestro Instituto durará hasta el fin del mundo"*.

Mas, ella, que concibió la primera idea, que no había trazado la forma, que no celaba apasionada el desarrollo, no debía ver sino los humildes principios. En pocos meses, escuela, convictorio, orfanatrofio, hospital, oratorio y otras y otras obras estaban bien preparadas y recibían el desarrollo y desenvolvimiento de la Fundadora. Ya se preparaba la Capilla para reservar al Santísimo Sacramento, ya se transcribía la Regla de San Vicente de Paul, que el Obispo había aconsejado se adopte para que el Gobierno facilite la creación del nuevo Instituto; ya se pensaba en extender el Instituto fuera de Lovere en la hora en que la Providencia lo dispusiere. Y luego, la mano de Dios, con inefable misterio, toma al Lirio de Lovere para transplantarlo a los jardines del Paraíso.





IX

La muerte.

EL primero de Abril, dominica de Palmas, Bartolomea se había entretenido largo con las jóvenes de la Congregación en la iglesia parroquial, rezando en alta voz en la adoración al Santísimo Sacramento expuesto por las Cuarenta Horas.

Cerca de Jesús expuesto, ella gustaba delicias celestiales. Se notó que debía sentirse mala; debía tener fiebre. Venida a casa la Vble. Gerosa la obligó a ir al lecho.

A la palabra *obediencia* el rubor tiñóle el semblante y una lágrima apareció en sus ojos. Se acostó, y no se levantó más de este lecho. La Vble. Gerosa y la mamá de Bartolomea desalentadas y con todo afán permanecieron junto a Ella para confortarla y asistirla. Qué congoja tan viva les trafa la previsión de poder perderla! Para la Vble. Gerosa todo estaba concluido, ¡adiós vida religiosa, adiós Instituto!

Y Bartolomea tornaba a insistir: «Cuando

esté en el Paraíso podré ayudar al Instituto más todavía que quedando a trabajar en este mundo».

Su alcoba vino a ser escuela y como un templo. Estaba siempre rodeada de niñas, de jóvenes, de señoras: y todos en Lovere consideraban como gracia del Señor poder saludarla y recibir una buena palabra, orar un tiempo con ella; muchos se contentaban con verla y llorar. Hasta los hombres iban y salían de su cámara encantados del fervor angelical con que exhortaba a amar al Señor, a alabarle y bendecirle.

En su cama, como compañero inseparable tenía el librito de su método de vida, la corona y el Crucifijo. Cuando estaba segura de estar sola, desahogaba su corazón con Jesús, deseando la Santa Comunión y el Paraíso. El pensamiento de la Comunión de la mañana siguiente le tenía en vela toda la noche en amorosos suspiros.

Discurría acerca de su muerte como del día solemne de unas nupcias: "*¿Y cómo temían los santos el gran paso, y yo me siento tan tranquila? Además, habría para mí motivos de temor? me parece que haría agravio con mi temor a este caro Jesús, que tanto ha hecho por mi salud*".—Y al decirlo estrechaba más fuertemente el Crucifijo, lo besaba y lo oprimía contra su corazón. Como San Luis cuando le fue dado el anuncio de su próxima muerte, ella no estuvo menos alegre: "*Oh, si puedo llegar al Paraíso y ver a mi Esposo Jesús, a mi Madre María y a mi caro San Luis: (1).* Renovó sus votos, hizo con ex-

(1) *Oh si posso andare in Paradisso a vedere il mio Sposo Gesù la mia Mama Maria e il mio caro S. Luigi.*

traordinario fervor la ofrenda total de sí misma a Dios, da la última disposición para el naciente Instituto, y, como había vivido, intrépida, serena, amante, muere.

Dice el P. Bosio: "*Paréceme estar en esta estancia como en el Paraíso.*—Así Bartolomea Capitauio, a la temprana edad de 26 años 6 meses y 12 días, terminaba su mortal carrera y volaba al cielo a recibir el premio bien merecido, después de haber vivido en esta tierra como ejemplar y apóstola de la juventud, después de haber alcanzado aquella heroica santidad que en la niñez se propuso conseguir con la imitación de San Luis Gonzaga, después de haber ejecutado el diseño de fundación, confiada en la Providencia divina y de ser Fundadora de un nuevo Instituto religioso.

Bien se verificaron aquellas palabras de la Sabiduría divina: *Consummatus in breve, explevit tempora multa.*

Junto al lecho de agonía estaban dos familias suyas: la natural y la religiosa. Su padre no existía. Modestino había muerto el año anterior asistido por Bartolomea, después de haber dado pruebas nada equívocas de una conversión total al Señor. Era la mamá, la afortunada mamá de una hija tenida en el concepto de santidad por cuantos la conocían. Pobre mamá, cuánto sufre!—El Señor la dejó con vida hasta cuando se iniciaron los Procesos de Canonización. En la exhumación de los dichos restos mortales de su hijita, quiso estar presente. Al darle a tener el cráneo de Bartolomea: «Este exclamó, ¡oh si, este es el propio cráneo de la Bartolomea! Y fue

ventura, pues lo habrían cambiado fácilmente por el cráneo de un hombre.

Estaba también Camila junto al lecho de agonía; la impetuosa Camila, convertida en admiradora y secuaz de su santa hermana. Fue la primera en tomar el velo de Hermana de la Caridad y vivió hasta 1850, edificando a todas las religiosas por su profunda humildad y por las egregias dotes de inteligencia y corazón.

Eran Don Bosio, la Venerable Gerosa y la Guidici: la base granítica de una humildad profunda y de una fe inquebrantable en la divina Providencia.

Sobre esta base se elevará el edificio espiritual y se extenderá en menos de un siglo a todo el mundo, confirmando la palabra del Salvador: *Si el granito de trigo caído en tierra no muere, permanece sólo; mas si muere da mucho fruto.*

ALCANTARA Y CAJAL



FE DE ERRATAS

Páginas	línea	dice	léase:
15	1	difíciles que en su	difíciles en que en
18	18	1886	1866
"	26	fervoramente	fervorosamente
113	27	frecuncia	frecuencia
136	18	Jerónimo	Jiménez

INDICE

	<u>Págs.</u>
Como Premio	1
Pensando en lo que aman	3
Yo no te faltaré!	11
Escenas de luz de la Viscondeza	19
La Superiora suplirá por ti	"
Me ha enviado Ud. algún Angel?	23
Pío XI y la Viscondeza de Jorbalán	27
Voces de un Angel	29
La Sierva de Dios Maria Eustela	47
Moscas célebres	53
Centenarios	65
La herida de San Ignacio	69
La Tercera Orden franciscana	75
Santo Domingo de Guzmán	81
Santa Teresa de Jesus	94
La Sobrina de Santa Teresa de Jesús	115
La Venerable Beatriz de Silva	125
Vicitudes de la Orden Concepcionista	135
Un nuevo Modelo de Santidad	141

